

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Clark Carrados
EL FANTASMA BURLON

EL FANTASMA BURLON

CLARK CARRADOS

Colección
SELECCION TERROR n.° 593
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-025064
Depósito legal B 33 386 1984
Impreso en España — Printed m Spain
1ª edición en España noviembre 1984
1ª edición en América mayo 1985

Clark Carrados — 1984
texto

Pujolar 1984
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5
08006 Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Paréts del Vallés (N 152. Km 21.650)
Barcelona 1984

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE EDITORIAL BRUGUERA. S. A. QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Búfalo Serie Roja
Selección Terror
La Conquista del Espacio


SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Los invitados iban llegando sucesivamente a la lujosa mansión, en donde eran recibidos por el estirado mayordomo con la máxima cortesía. A todos ellos, a medida que hadan acto de presencia, el mayordomo les enseñaba sus respectivas habitaciones y les hada una misma indicación:

—Sir Grattan tendrá mucho gusto en saludarlos a la hora de la cena, que será a las siete en punto. Traje apropiado, por favor.

Eran seis en total y de ellos, dos mujeres. Todos fueron puntuales y encontraron al anfitrión en el gran salón de la casa, en pie junto a una enorme chimenea, en la que ardían unos cuantos leños.

Era un hombre alto, seco, de unos cincuenta años, de cabello áspero y entrecano, en cuyo rostro brillaban unos ojos con pupilas de color del acero. La sola vista del dueño de la mansión impresionaba, a pesar de la sonrisa de benevolencia con la que trataba de suavizar la dureza de sus facciones.

—Bienvenidos a Morkhington Hall, señoras y caballeros —saludó amablemente—. Agradezco infinito que hayan accedido a ser mis huéspedes durante este fin de semana y pueden creerme si les digo que me siento muy contento de tenerlos en mi casa. Mañana y pasado podrán cazar y pescar si lo desean, podrán dar paseos a caballo o, en fin, hacer lo que más les agrade para disfrutar de su merecido descanso semanal.

—Muchas gracias, sir Grattan —dijo uno de los invitados, un hombre de mediana edad, bajo y regordete—. Pero, si me permite la observación, debo expresarle mi extrañeza por esta invitación, ciertamente no esperada. ¿Puedo, podemos conocer los motivos?

—Con mucho gusto daré respuesta a su pregunta durante la cena — contestó sir Grattan Gallagher—, Mejor dicho, lo hará el invitado que falta y que no puede tardar. Mientras tanto, ¿quieren acomodarse y servirse, si lo desean, un aperitivo?

La tensión que parecía existir al principio se relajó un tanto. Sonaron algunas risitas. Una de las mujeres, alta, bien formada, de unos cuarenta años, pero espléndidamente conservada, se detuvo de pronto ante un retrato de un caballero del siglo XVII, ataviado con gran lujo a la moda de la época.

—Sir Grattan, ¿es alguno de sus antepasados? —preguntó lady

Pamela Ashendon.

—En efecto —contestó el interpelado—. Fue sir Grattan Stuckey, un hombre de excelentes cualidades, pero que tuvo un mal fin.

—Stuckey no coincide con su apellido...

—Soy descendiente de él por línea materna, lady Pamela.

—Oh, entiendo. ¿Murió asesinado?

—Nunca se supo con exactitud. Se cree que desapareció en la ciénaga que hay a media milla de la casa, perseguido o arrojado a ella por sus herederos, gente brutal y desaprensiva. Pero sir Grattan se vengó de ellos desde el más allá.

—¿Una venganza de ultratumba? —preguntó Hartley Owell, otro de los invitados, que había escuchado el diálogo entre el anfitrión y lady Pamela.

—Así podría definirse, aunque, ya sabe, las leyendas sobre fantasmas son, a veces, muy curiosas... En ésta se dice que el fantasma de mi antepasado, sin hacerse visible, ríe estruendosamente desde el más allá, cuando anuncia una muerte.

Sir Grattan se dio cuenta de que había más personas escuchándolos y se volvió, con la sonrisa en los labios.

—Pero debo añadir —continuó—, que yo jamás he oído la risa de ese antepasado mío, a quien se dio en llamar «El Fantasma Burlón». Es una historia atractiva, pero sin base sólida alguna

La puerta del salón se abrió en aquel momento y un hombre joven, de agradable presencia, entró en el salón.

—Le ruego me perdone, sir Granan —dijo—. Me he retrasado, lamentablemente por causas ajenas a mí voluntad.

—Oh, no tiene importancia alguna —dijo el anfitrión—. Permítame que le presente a mis invitados... Lady Pamela, este joven es Clive Kilmaur, ingeniero de profesión y encargado por mi de una tarea que sólo podrá llevar a cabo si ustedes deciden colaborar conmigo... Pero ya discutiremos el tema más adelante —añadió Gallagher, después de las presentaciones—. En estos momentos veo a Gilles, mi buen mayordomo, quien, seguramente, va a anunciarnos que la cena está lista.

—En efecto, señor —confirmó el aludido—. ¿Puedo empezar a servir?

* * *

Seis pares de ojos se clavaron en el rostro de Kilmaur al cabo de unos minutos. El joven se dio cuenta de la expectación con que era esperado su parlamento y tosió ligeramente.

—El asunto es muy rápido de exponer, aunque puedo dar más

detalles en otro momento. Detalles técnicos y presupuesto, naturalmente —dijo—. Se trata de la desecación de la ciénaga, seis kilómetros cuadrados de tierras anegadas, improductivas y malsanas, que en el breve espacio de un año podrían transformarse en una hacienda fértil y sumamente productiva. Por supuesto, hemos hecho estudios ecológicos y los daños que algunos podrían temer se producirían contra los animales que habitan la ciénaga; no tendrían importancia. En realidad, sólo anidan algunos chotacabras, pero tendrían árboles suficientes en otras parles cercanas para sus nidos; algunas ratas, culebras... El perjuicio ecológico no existiría absolutamente, en suma Art Connerdy se inclinó un poco hacia adelante. Su vientre chocó contra el borde de la mesa.

—Eso costará dinero — exclamó.

—Un poco —admitió Kilmaur.

—Por eso están aquí todos —intervino sir Grattan—. A la hora de irse a la cama encontraran en sus habitaciones una copia del estudio realizado por el señor Kilmaur, con el presupuesto total de la obra. Desearía formar una sociedad con todos ustedes, por acciones, dado el caso de que acepten, podríamos discutir la participación de cada cual en la sociedad. Obvio es decir que todos tendrían derecho a la fiscalización de la menor de sus actividades, así como el derecho de veto en alguna decisión que se quisiera adoptar y que no resultase de su agrado o conveniencia Connerdy pareció tranquilizarse con aquella respuesta. Su esposa Flora, también regordeta y muy pintada, hizo un gesto de desagrado.

—Esto no me gusta nada —dijo entre dientes—. Temo que sir Grattan sólo quiera sacarnos nuestro dinero. A pesar de lo que se dice por ahí sobre su fortuna, la verdad es que anda apurado de dinero.

—A la noche estudiare el presupuesto —contestó su marido en el mismo tono—. Entonces, veré lo que debemos hacer.

Tarryl Simms, otro invitado, charlaba animadamente con Dan O'Clough, discutiendo las posibilidades de la operación. Hartley Owell parecía concentrado exclusivamente en su plato.

Lady Pamela Ashendon se inclinó hacia el ingeniero. Ella se había puesto un vestido con un escote espectacular y consciente de sus encantos, le dirigió una sonrisa incitante.

—Es usted muy joven, amigo mío —dijo—. ¿Soltero?

—Y sin compromiso, lady Pamela.

—Interesante, muy interesante — murmuró la dama.

Luego, de pronto, pareció recordar algo y se volvió hacia el anfitrión.

—Sir Grattan, leí en no sé qué revista que tenía usted intenciones de volver a casarse de nuevo, aunque el periodista no citaba el nombre de la futura dueña de Morkhington

Hall.

Las facciones de Gallagher se contrajeron un instante. Connerdy farfulló algo entre dientes.

—Esa mujer está loca —masculló—. Mencionar eso, hoy precisamente…

—¿Por qué? —se extrañó su mujer—. ¿Qué tiene de particular esta fecha, Art?

—¿No lo recuerdas? Hoy, hace dos años justamente, falleció la esposa de sir Grattan.

Un escalofrío recorrió la espalda de Flora Connerdy. Sintió sobre ella la mirada del anfitrión y bajó la vista hacia su plato.

—Maldita sea —juró en voz baja—. ¿Por qué habrá tenido que invitarnos hoy precisamente?

* * *

Estaba cansado. Había tenido un día muy duro y deseaba descansar. Los invitados saldrían de caza o a pescar, pero él se quedaría en la cama hasta que le dolieran los huesos. Bostezando aparatosamente, se metió en el lecho, con un libro en las manos, seguro de que no iba a pasar de la tercera página.

Entonces se abrió la puerta. Kilmaur se sentó sobresaltado en la cama.

Una mujer entró en el dormitorio. Sonriendo, lady Pamela se puso un dedo en los labios.

—Por favor, no haga ruido… Los demás podrían pensar mal y… Mi visita no tiene nada de particular… Sólo que me quedé sin tabaco y pensé que usted…

Kilmaur contempló a la mujer durante unos instantes. Ella se había puesto un peinador sobre el camisón. El peinador estaba abierto y el camisón era pura fórmula. «Dos prendas muy apropiadas para ir a pedir tabaco a las once de la noche a la habitación de un soltero», pensó.

—Si me permite ofrecerle de fumar, lady Pamela —sonrió—, lo haré con mucho gusto.

Saltó de la cama, se puso rápidamente una bata y buscó la cajetilla de tabaco. Ella encendió un cigarrillo con verdadero placer.

—De modo que es usted el ingeniero que va a encargarse de la desecación de la ciénaga —dijo.

—Y de los trabajos posteriores, si ustedes consideran mi labor satisfactoria, lady Pamela.

—Creo que sabrá hacerlo bien, señor Kilmaur. Usted da la sensación de que sabe hacer muy bien todas las cosas. ¿Me equivoco?

—Usted no conoce de mi más que algunos detalles…

—Tengo lo que vulgarmente se llama buen ojo clínico —rió ella —. Estoy segura de que no me equivoco.

—Es usted muy amable, señora. Pero si me permite contradecirla, estimo que ha aventurado una opinión demasiado favorable de mí.

—¿No… no hace bien las cosas. Clive?

El joven se dio cuenta del cambio de tratamiento.

—Depende de lo que sea —contestó— Para algunos asuntos soy un poco inexperto

—¿Qué clase de asuntos, por favor?

—Pues… aquellos en les que me gustaría adquirir experiencia.

—De otras personas, sin duda

—De todas aquellas que, en el momento apropiado, quieran ayudarme a conseguirlo.

—Por ejemplo, ¿en qué le falta experiencia?

Kilmaur decidió ser audaz y le quitó el cigarrillo de la boca, para dejarlo a un lado —En el trato con las mujeres hermosas y seductoras… como usted.

Kilmaur no tuvo que hacer demasiados esfuerzos. Pamela se le arrojó encima casi con ferocidad, como si quisiera devorarlo. Ella le arrancó la bata y lo despojó del pijama a tirones, con una mano, porque la otra estaba ocupada con sus propias ropas.

«Esto parece una violación, a la inversa», pensó el joven quien, aun no siendo un novato precisamente, no se había encontrado jamás en una situación semejante.

—¿Soltera, viuda, divorciada? —dijo Kilmaur mucho más tarde.

Pamela se echó a reír.

—Digamos independiente — contestó.

—Eres tu propia dueña y no debes explicaciones a nadie.

—He aprendido que la dependencia de un hombre siempre acarrea problemas, ¿no te parece?

—Me recuerdas a un amigo que tuve. Viajaba mucho y raramente comía en el mismo sitio. Siempre cambiaba de… «pesebre».

—Era un tipo listo —rió ella—. ¿De veras crees que la desecación de la ciénaga puede ser rentable?

—Si tuviera dinero, compraría la propiedad y haría los trabajos para mí solo — respondió Kilmaur firmemente.

—O sea, puede dar buenos beneficios.

—Sí, aunque no mañana precisamente. Pero dentro de cinco años se puede tener una granja enormemente productiva. Heno, cebada, prados para vacas lecheras, cría de cerdos y gallinas… y algunas zonas destinadas a frutales, manzanos sobre todo. —Tendré que pensármelo. ¿Cuánto crees que debo invertir? He leído el presupuesto… —Depende

de ti misma pero, en tu lugar, yo no invertí ría menos de veinticinco mil libras. Dentro de cinco años, puedes estar percibiendo una renta de tres mil mensuales o más.

Pamela silbó.

—No estaría mal —dijo.

Miró al joven y sonrió.

—Creo que aceptaré, si tú diriges los trabajos...

Ella no pudo continuar. En alguna parte, haciendo trepidar todos los cristales de la casa, se oyó una aterradora carcajada.

CAPÍTULO II

La risa parecía brotar de todas partes, aunque con diferente volumen en ocasiones, que parecía acercarse y sonar en el interior del dormitorio, para escucharse a continuación en otros puntos de la casa. Terriblemente asustada. Pamela se sentó en la cama olvidada de su absoluta desnudez.

—¡«El Fantasma Burlón»! —gritó.

Kilmaur se sentó también.

—Pero ¿crees en leyendas estúpidas? — exclamó.

La risa cesó de pronto. Casi en el acto se oyó un espantoso alarido.

Fue un grito muy breve, pero terriblemente penetrante, que parecía atravesar todas las paredes. Pamela se tapó los oídos con las manos.

—Alguien ha muerto...

Kilmaur saltó de la cama y se puso rápidamente el pijama y la bata. Pamela, tras una breve indecisión, lo imitó y empezó a vestirse.

El joven corrió fuera del dormitorio. En el gran corredor del primer piso se veían ya algunos de los huéspedes, todos ellos con ropas de cama

—Ha sido ahí —dijo Flora Connerdy, con el miedo pintado en su rostro redondo, untado de pomada—. En el cuarto de Simms...

Kilmaur se acercó a la puerta y la abrió. Tendido sobre la cama, pero atravesado oblicuamente, se veía a Tarryl Simms, con las ropas revueltas, un brazo colgando fuera del lecho y los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Lo han asesinado! —clamó dramáticamente la señora Connerdy.

—No aventure opiniones —rezongó el joven.

Lentamente, se acercó a la cama y, sin tocar nada, se inclinó hacia el sujeto. Simms ya no respiraba, era evidente. Su mano derecha estaba crispada sobre el pijama y tenía la boca ligeramente torcida.

Los demás huéspedes lo contemplaban temerosamente desde el umbral. Al cabo de unos minutos, Kilmaur se volvió hacia la puerta.

—Yo no entiendo gran cosa, pero diría que ha muerto de un ataque al corazón — manifestó.

—Habrá que avisar a un médico —sugirió O'Clough

—¿Y sir Grattan? — preguntó Owell.

—También tendríamos que llamar a Gilles, el mayordomo El conoce bien la casa y el pueblo cercano, y se encargará de llamar al médico —dijo Connerdy.

Repentinamente, se oyó un portazo en la planta baja.

—Ha sido en la trasera de la casa —exclamó Pamela.

Kilmaur se percató de la situación del dormitorio y corrió hacia la ventana. Desde allí, vio una silueta de un hombre que se movía en dirección a la ciénaga.

—¡Es sir Grattan! —exclamó.

—¡Él lo ha asesinado! —gritó Flora Connerdy—. Ahora trata de escapar...

A Kilmaur se le antojó muy extraña la actitud del dueño de la mansión. ¿Por qué tenía que salir a hora tan avanzada, dando, además, la sensación de que huía de algo que podía perjudicarle?

De pronto, tomó una decisión.

—Voy a ver si consigo darle alcance —exclamó—. Ustedes avisen a Gilles y al resto de la servidumbre. Hay que llamar a un médico inmediatamente y también convendría que viniese la Policía.

Abriéndose paso entre los huéspedes que parecían indecisos, Kilmaur corrió hacia la planta baja, buscó la puerta posterior y salió fuera de la casa.

La noche era despejada y la luna lucia en lo alto. A distancia de la casa se divisaba la turbia neblina que se levantaba de la ciénaga y que se retorcía en siniestras volutas que, por el día, lo sabía muy bien, tenían un repulsivo color amarillo.

Era joven, fuerte y habituado a la vida al aire libre, por lo que ganó terreno rápidamente. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que, a pesar de sus esfuerzos, podía llegar tarde.

De pronto, divisó al fugitivo

—¡Sir Grattan, deténgase! — gritó

El dueño de la casa se detuvo un instante Giró la cabeza y, repentinamente, lanzó una estridente carcajada.

Kilmaur creyó que oía de nuevo la risa tétrica que había sonado en la mansión instantes antes de la muerte de Simms. Pero la detención de Gallagher había durado muy breves segundos y, casi en el acto, reanudó su carrera.

El joven trató de alcanzarlo.

—¿Por qué diablos huye? ¿A quién teme? ¿Se habrá vuelto loco?

Las preguntas se agolpaban atropelladamente en su cerebro, sin encontrar la respuesta apropiada. De súbito oyó un alarido desgarrador.

Sir Grattan había perdido pie y se sumergía en las cenagosas aguas del pantano. Kilmaur avanzó unos pasos más y se detuvo, lleno

de aprensiones, porque no conocía bien el terreno en aquella zona y temía dar un paso en falso.

Gallagher estaba ya sumergido hasta la cintura y agitaba los brazos frenéticamente, a la vez que profería horribles chillidos.

El hundimiento fue muy rápido. Con desesperación, Kilmaur buscó algo, una cuerda, una rama que pudiera utilizar para ayudar a sir Grattan en tan dramática situación. Pero no había otra cosa que árboles de ramaje muy débil y matas y arbustos de escasa consistencia.

El último grito se produjo segundos después. Kilmaur se estremeció al percibir un horrendo gorgoteo.

Las manos de sir Grattan se agitaron patéticamente duran te unos instantes, como buscando un imposible asidero. Luego desaparecieron.

La luz de la luna iluminó los círculos concéntricos que se producían en el lugar del hundimiento. Varias burbujas subieron lentamente a la superficie y explotaron con siniestros chasquidos.

Las aguas recobraron pronto su aspecto normal. En alguna parte, un chotacabras emitió un lúgubre cloqueo.

Ululó un búho.

Luego, sólo silencio.

* * *

A veces, mientras contemplaba la labor de la potente excavadora. Kilmaur creía que todo había sucedido la víspera.

Y, sin embargo, habían transcurrido dos años.

Veinticuatro meses habían transcurrido velozmente desde las dos muertes habidas en Morkhington Hall. El médico del pueblo había certificado que la defunción de Simms se había debido a un fallo cardíaco.

El cadáver de sir Grattan, cuya conducta resultaba aún incomprensible, no había sido hallado. La policía había dragado el lugar donde se había sumergido, sin resultados positivos—

Más tarde, un tribunal de encuesta dio por oficial la muerte de sir Grattan. Sus abogados iniciaron los correspondientes trámites de testamentaria. Y Kilmaur, momentáneamente sin trabajo, tuvo que buscar otra colocación, hasta que unos meses antes, inesperadamente, recibió una carta de un tal D. Tempton, junto con un cheque, ordenándole reanudar los trabajos de desecación de la ciénaga, ya que había comprado la propiedad y deseaba convertir en realidad los proyectos del difunto.

A Kilmaur le había encantado la propuesta, por lo que, de inmediato, dio comienzo a los trabajos. Tempton le había dado una

dirección, a la que remitía sus informes periódicamente, así como las cuentas de gastos. El nuevo dueño no se mostraba parco en suministrar fondos, lo que hada más fácil la tarea, que muy pronto tendría un final satisfactorio.

Aquel día, se hallaba en el extremo oriental de la ciénaga.

La máquina, con una larga pluma que permitía llegar a buena distancia, hasta el lugar apropiado, extraía toneladas de tierra fangosa con cada movimiento, depositándolas luego en un lugar aparte Había una ligera depresión en el terreno, que Kilmaur había hecho ahondar apropiadamente, construyendo un pequeño canal, que terminaba en el rio situado a dos millas de distancia.

De pronto, oyó el motor de un coche Volvió la cabeza y divisó un Land Rover que se acercaba al lugar El vehículo le era desconocido y sintió curiosidad por sus ocupantes.

Era uno sólo apreció cuando el coche se hubo detenido segundos después, vio que se trataba de una mujer.

Era una muchacha de poco más de veinte años, de buena estatura, esbelta, pelo negro, corto, de melena lisa, partida por medio, y unos ojos muy atractivos de color verdoso. Vestía cazadora, pantalones recios y botas de media caña, lo cual no impedía adivinar una silueta muy bien construida.

—¿Señor Kilmaur? —dijo ella, al acercarse al joven.

—Sí, señora...

La muchacha tendió su mano, a la vez que sonreía.

—Soy Daisy Tempton —se presentó— Encantada de conocerlo, señor Kilmaur.

En el rostro del joven apareció una expresión de sorpresa.

—Yo creí que D. Tempton era un hombre...

—«Es» un hombre: Daniel Tempton, mi padre. Es diplomático y se halla actualmente en el extranjero. Compró la propiedad a los herederos de sir Grattan, porque quiere retirarse aquí cuando le llegue la hora. Mientras tanto, me ha encargado la supervisión de los trabajos... si no existe inconveniente por su parte.

—Ninguna, señorita Tempton —contestó él—. Tiene usted todos los derechos a saber qué se hace aquí.

—Magnifico. ¿Quiere explicarme, por favor...?

Kilmaur señaló la excavadora.

—Estamos llegando al punto crítico. La ciénaga es una especie de hondonada, alimentada por las aguas del llamado por los nativos Dirty Creek. Pero el agua queda retenida y la situación peculiar del terreno provoca el estancamiento, con las consecuencias que son fáciles de imaginar.

—¿Es muy profunda la ciénaga?

—En el centro, calculo, debe de llegar a veinte metros o más. Sin

embargo, las pendientes son muy suaves y cuando esté el terreno desecado, apenas se notarán. Entonces, el arroyo correrá por el centro y desaguará por el punto en que se encuentra ahora la máquina, corriendo libremente por el canal hasta el Fawett River, a dos millas de distancia. El canal es más bien una especie de guía para las aguas. Cuando corran libremente, quizá sea preciso alterar un tanto su trazado, aunque no lo creo pasible.

—¿Qué tiempo tardará la desecación completa?

—Estamos saliendo del invierno. A finales de verano se podrán iniciar las tareas de desbroce y de limpieza, para empezar a roturar a la primavera siguiente...

De pronto, sonó un grito:

—¡Cuidado!

Kilmaur agarró a la joven por un brazo y la hizo retirarse unos cuantos pasos. En el lugar donde había estado trabajando la máquina, se había abierto una amplia brecha, por la que salía el agua con violencia inusitada.

El desagüe se ensanchó por si mismo Era fácil ver que el nivel de las aguas bajarían con rapidez

—Venga aquí, señorita Tempton —invitó Kilmaur—. Podrá contemplarlo mejor desde lo alto. Es como un cubo con un gran agujero; el descenso de nivel se apreciará a simple vista muy pronto.

Kilmaur condujo a la joven hasta el punto más elevado de la barrera natural que durante siglos había contenido las aguas del arroyo, provocando así la formación de la ciénaga. Era un singular espectáculo, que durante unos momentos mantuvo a los dos en completo silencio

Por la brecha brotaba un impetuoso torrente de aguas sucias y cenagosas, que arrastraban restos de plantas acuáticas y troncos y ramas semipodridos.

—De todas formas —dijo ella—, el descenso será más lento de lo que imaginábamos.

—Por supuesto — convino Kilmaur—. La hondonada tardara en quedar vacía algún tiempo, pero mañana, a estas horas, se apreciara una notable baja en el nivel de las aguas.

Daisy le tendió una mano.

—Lo veré mañana a estas horas, señor Kilmaur. Si necesitase algo de mí, me hospedo en Selfthane Lodge, en Kerritt.

—Creí que viviría ya en Morkhington Hall —dijo él, sorprendido.

—La casa ha estado abandonada dos años y necesita de algunas reparaciones, que pienso emprender muy pronto. Mientras, prefiero alojarme en un sitio con ciertas comodidades —explicó la muchacha— Hasta mañana —se despidió.

CAPÍTULO III

Daisy fue puntual y llegó al día siguiente al lugar de los trabajos. La fuerza de la corriente de desagüe había aminorada considerablemente y las aguas corrían sin dificultad por el canal. Kilmaur estaba en otro lugar de los trabajos, pero acudió rápidamente cuando el capataz le informó de la llega da de la muchacha.

Ella estaba ya en el lugar elevado, desde el que se divisaba una amplia panorámica de los terrenos. Al ver a Kilmaur, lo saludó afectuosamente.

—Ha hecho usted un buen trabajo —elogió—. Cuando escriba a mí padre le diré que acertó en la elección del hombre que debía dirigir la obra.

—Es usted muy amable, señorita —contestó Kilmaur—. En realidad, no ha resultado difícil, pero debo añadir que fue así porque durante bastante tiempo estuve realizando estudios que me permitieran ejecutar los trabajos con el máximo de eficacia.

—Por encargo de sir Grattan, supongo.

—Sí, desde luego.

—Imagino que debió de llevarse una gran decepción cuando murió y tuvo que suspender sus planes. No se esperaba una cosa semejante, ¿verdad?

Kilmaur hizo un gesto negativo.

—Fue algo absolutamente inesperado —respondió—. Todavía no he llegado a comprender por qué tuvo que escapar de la casa aquella noche. Era hombre que conocía bien el terreno; sabía que podía perecer en la ciénaga y sin embargo, continuó corriendo hasta que se hundió en una zona pantanosa, en la que no había salvación posible.

—Debió de ser horrible, en efecto —dijo Daisy—. Y, además, hubo otra muerte en la casa aquella misma noche.

—Sí, murió Tarryl Simms. De un ataque cardiaco, según dijo el médico. Y fue precisamente, la noche que se oyó la risa del «Fantasma Burlón». ¿Conoce usted la leyenda, señorita Tompton?

—Desde luego. ¿Oyó usted esa risa?

—Sí, aunque no creo que fuese el fantasma. Pienso que fue alguno de los huéspedes, bajo el influjo de una pesadilla... o quizá a causa del alcohol. Algunos bebieron más de lo prudente durante la cena y luego se quedaron en el salón, pero no podría afirmar cuál de

ellos fue el que más licores ingirió. Yo me sentía muy cansado y fui a mí cuarto relativamente pronto.

Kilmaur no pudo por menos que evocar los ardientes momentos pasados en les brazos de lady Pamela Ashendon, de quien, por cierto, no había vuelto a tener más noticias. No era un tema, sin embargo, que resultase apropiado para comentarlo con la muchacha que tenía al lado.

—Pero no sabía que sir Grattan tuviese herederos —añadió—. Sé que estuvo casado, que su esposa murió algún tiempo antes de aquella reunión que terminó de manera tan trágica, pero eso es todo lo que conozco acerca de su familia.

—En efecto, no tuvo descendencia directa, pero si un primo, que fue quien reclamó la herencia, una vez se hubo declarado oficialmente su muerte. Es con ese pariente con quien mi padre realizó los tratos para la adquisición de la propiedad. Naturalmente, investigamos para evitar problemas más tarde, pero el abogado de mi padre hizo una labor muy buena y la venta se realizó con absoluta legalidad.

—No lo pongo en duda, señorita Tempton Ahora le digo, y deseo que me crea, que estos parajes, dentro de un año, tendrán un aspecto completamente distinto. Las aguas del arroyo bajarán frescas, limpias, y con el tiempo, la ciénaga será sólo un mal recuerdo...

De repente, se oyó un agudo grito

Kilmaur y Daisy volvieron la mirada hacia el lugar de donde procedía lo que parecía una exclamación de asombro. El capataz y el operario de la excavadora, en el borde de la ciénaga, señalaban algo con la mano, ambos sumamente excitados.

—¡Eh, miren eso!

Intrigados. Kilmaur y la muchacha avanzaron unos pasos. Ella emitió un chillido de susto al ver la cosa que las aguas acallaban de dejar al descubierto.

El joven se estremeció. ¿De quién era aquel esqueleto completamente mondo, descamado totalmente, que yacía en el centro de una masa de fango semilíquido y apestoso?

Un poco más alta, se divisaban unos objetos metálicos, de forma cilíndrica y sin brillo, a causa de la larga inmersión en el fango. Kilmaur se sentía absolutamente sorprendido por unos hallazgos que se le antojaban incomprensibles.

* * *

Daisy estaba sentada en el gran salón del albergue donde se hospedaba junto a la chimenea. Dada la estación, la clientela en el Selfthane Lodge era más bien escasa y la joven se hallaba sola en

aquellos momentos.

Kilmaur entró y se desabrochó el chaquetón, quitándose la gorra a continuación. Dejó ambas prendas sobre una silla y se acercó al fuego.

Ella lo miró inquisitivamente, en silencio.

—Confirmado —dijo Kilmaur—. Era el esqueleto de sir Grattan.

—Eso disipa cualquier posible sospecha sobre su muerte — contestó Daisy—, ¿Cómo han efectuado su identificación?

—Por las radiografías del dentista. La Policía tomó radio grafías del cráneo y las envió al dentista, quien las comparó con las que guardaba en su archivo. La respuesta fue positiva.

—Bien, eso aclara el misterio, ¿no le parece?

—Sólo hasta cierto punto, señorita Tempton.

—No entiendo — dijo ella, desconcertada.

—Como usted sabe, se encontraron unas botellas de aire comprimido, de las que usan los escafandristas. La Policía supone que sir Grattan las tenía escondidas, para escapar, aunque no saben de qué. Yo lo vi hundirse en las aguas, pero él debía de tener preparadas ya las botellas de aire comprimido, a fin de permanecer sumergido largo rato.

Naturalmente, no se iba a dragar la ciénaga aquella misma noche, lo que le daba tiempo suficiente para volver a la superficie y escapar.

—¿De qué, señor Kilmaur?

—Eso es lo que nadie sabe, ni siquiera se tiene una remota idea de los motivos que impulsaron a sir Grattan a realizar una acción tan descabellada. Porque ahora parece fuera de toda duda que hubo algún fallo en el aparato, o quizá él no sabía manejarlo adecuadamente, y el caso es que se ahogó.

Daisy sintió un ligero escalofrío.

—Si no se nos hubiera ocurrido la desecación de la ciénaga, los restos de sir Grattan habrían permanecido ahí eternamente —dijo.

—Desde luego —convino él—, Pero el caso es que el esqueleto ha aparecido y ahora ya se sabe la verdad sobre el final de sir Grattan, aunque, repito, sus motivos son todavía una incógnita.

—Y lo serán siempre —suspiró la muchacha. De pronto, sonrió —: ¿Le apetece una copa? Perdone que no le haya ofrecido antes...

—Me vendrá bien, en efecto —aceptó él con una sonrisa.

Daisy le sirvió la bebida. Después, dijo:

—Oh, perdone, lo había olvidado. Me puse en contacto con el primo de sir Grattan, por teléfono, naturalmente, y le comuniqué la noticia. Dijo que le era imposible asistir al entierro, porque se halla enfermo de cuidado y el médico le ha prohibido por ahora abandonar el lecho. También dijo que podemos descontar los gastos de unas

pequeñas cantidades que todavía le debemos. Se mostró muy afectado o, al menos eso me pareció.

—También se habrá tranquilizado —opinó Kilmaur—, La aparición del esqueleto disipa cualquier duda sobre la muerte de sir Grattan, aunque hubiera sido declarada oficialmente.

A veces, se da por muerta a una persona y al cabo del tiempo aparece inesperadamente...

Daisy sonrió.

—Eso no sucederá en el caso de sir Grattan —dijo—. A propósito, todavía no he estado en Markhington Hall. Pienso ir esta tarde y... ¿Tendría inconveniente en acompañarme, señor Kilmaur?

—Al contrario, será un placer —aseguró el joven.

* * *

La casa estaba vacía, completamente silenciosa. Una fina capa de polvo cubría muebles y suelos, así como objetos de adorno, y en algunos rincones se veían telarañas colgando de los techos o de los cortinajes que habían perdido en buena parte el color y el brillo origínales.

La llave chirrió en la cerradura y las bisagras de la puerta gimieron por falta de aceite. Las pisadas de los dos jóvenes parecieron despertar dormidos ecos en la mansión, que dos años antes había sido escenario de una horrible tragedia.

Daisy advirtió ciertas faltas en el interior.

—Se ven huecos en la pared —dijo—. Debía de haber cuadros...

—Ya no estaban cuando yo vine aquí por primera vez. Oí ni mores de que los asuntos de sir Grattan no marchaban bien y que había tenido que desprenderse de algunos cuadros valiosos. Precisamente por eso quería desecar la ciénaga. Tenía intenciones de vender buena parte de las tierras, o todas, si se le hacía una oferta aceptable, pero no hay comprador para una ciénaga, aunque al lado haya una casa estupenda.

—Muy cierto —convino Daisy—, pero aquí habrá que trabajar bastante, si se quiere que esto quede en condiciones.

—En tal caso, tendrán que llamar a un experto. Yo podría hacerle algunas indicaciones sobre la estructura del edificio en caso de que mostrase defectos de cierta entidad, pero no me siento capaz, de aconsejar sobre decoración.

—De eso ya se encargarán mis padres, mamá sobre todo —sonrió la muchacha—. Fallan cuadros... pero el del antepasado que dio origen a la leyenda no aparece a la vista...

—Venga por aquí —dijo él, a la vez que asía suavemente el brazo

de la muchacha.

Kilmaur la condujo al salón. Las ventanas estaban ocultas por los cortinajes, que descorrió, provocando algunas nubes de polvo. Para que se ventilase la atmósfera, que tenía el olor característico de los lugares cerrados durante bastante tiempo, abrió todas las ventanas y la luz entró a raudales en la estancia.

Daisy se detuvo frente al retrato, situado sobre la gran chimenea, y lo contempló en silencio durante algunos minutos.

—De modo que éste es sir Grattan Stuckey, el hombre que, según las historias, fue arrojado a la ciénaga por sus herederos —dijo al cabo.

—Al menos, así lo pintó el artista —sonrió Kilmaur—. Parece ser que fue un suceso real, pero no respondo de la veracidad de la leyenda.

—Sin embargo, se oyó su risa la noche en que murió Simms.

—Aquella noche murió también sir Grattan, recuérdela señorita Tempton.

—Dos muertes… — murmuró ella pensativamente.

—Una debida a causas naturales. La otra…

Kilmaur se interrumpió. Nadie sabría nunca por qué sir Grattan había querido simular su desaparición. Había muerto y esto era ya algo irremediable, que impediría aclarar el enigma.

—¿Continuamos? —sugirió.

Al poco rato, salieron de la casa. Daisy respiró a pleno pulmón.

—No sé si me acostumbraré a vivir aquí — dijo—. Supongo que me siento un tanto pesimista debido al ambiente, aunque creo que todo cambiará cuando se haya acondicionado la casa y desaparezcan muchas cosas que a nosotros no nos van a servir para nada.

—Un cambio de decoración, en efecto, proporcionará un ambiente muy distinto — convino el joven.

—Eso es algo que debiera haber hecho sir Grattan mucho antes —manifestó ella—. Tal vez su esposa viviría todavía. Debía de sentirse muy desgraciada residiendo aquí casi continuamente, sin salir apenas… El ambiente pudo más que ella y por eso acabó como su esposo.

—No entiendo. ¿Quiere decir que la señora Gallagher murió también en la ciénaga?

—Ah, pero ¿no lo sabía? —se extrañó Daisy—. Sir Grattan murió accidentalmente, pero su esposa se arrojó a la ciénaga.

—Suicidio.

—Sí. Ocurrió algo que le hizo insoportable la existencia y decidió acabar. No he sabido nunca con exactitud qué le pasó, pero si sé que se arrojó a la ciénaga. El cuerpo apareció flotando sobre las aguas dos días más tarde y fue sepultada en el cementerio de Kerrit

—Francamente, ignoraba esos detalles —dijo Kilmaur—. Sir Grattan sólo mencionó de pasada, y en muy raras ocasiones, la muerte de su esposa, ocurrida dos años antes de la suya. ¿Cómo lo ha sabido usted, Daisy?

Ella sonrió

—Estuve hablando con Philip Beddick, el administrador de sir Grattan y ejecutor testamentario, con quien tuvimos que entendernos para la compra de la propiedad, aunque, desde luego, de acuerdo con el heredero.

—Sí, dijo antes que tenía un primo, único pariente...

—Así es, aunque no lo conozco Fue Beddick quien me contó la historia de la muerte de lady Sylvia Gallagher. Me dijo también que se sentía muy desgraciada... Era joven, unos treinta y cinco años, doce o trece menos que su esposo y parece que éste la mantenía poco menos que enjaulada. Creo que también era celoso como un moro y que tenían frecuentes disputas por motivos que, según parece, sólo existían en la mente de sir Grattan.

—Ovas mujeres, en el caso de lady Sylvia, hubieran asesinado a su marido, en lugar de darse muerte ella misma.

—Lady Sylvia era un carácter más bien débil. Por eso soportó cosas que una mujer normal no habría tolerado. Pero también se dice que hubo otros motivos que la indujeron al suicidio. Beddick no quiso o no podía ser más explícito, pero dio a entender que alguno de los invitados en la noche en que murió sir Grattan habían tenido problemas con su esposa. No aclaró más y, francamente, yo tampoco quise insistir sobre el tema Sir Grattan y su esposa han muerto y sólo nos queda desear paz para sus almas.

—Amén — dijo Kilmaur.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego. Daisy, sonriendo, se volvió hacia el joven.

—Pero nosotros expulsaremos al «Fantasma Burlón» y no le permitiremos que venga a reírse desde el más allá —dijo en tono jovial.

CAPÍTULO IV

Con algunas vacilaciones, debido a lo inseguro de su pulso, Hartley Owell abrió la puerta de su apartamento y entró, caminando inseguro, cerrando de una patada que más pareció una coz y que hizo retemblar las paredes. Alguno de sus vecinos, despertado en lo mejor del sueño, rezongó pestes al noctámbulo que volvía a altas horas de la madrugada, haciendo ruidos sin el menor respeto a los que tenían que levantar se pronto para ir a trabajar.

Owell fue despojándose de sus ropas, a medida que avanzaba en el interior de la casa. Tenía calor y sentía la boca espesa y pastosa.

Maldijo entre dientes.

—He bebido demasiado — mascullló.

Pero había valido la pena, añadió mentalmente a continuación. El «primo» había sido desplumado convenientemente y había quedado embriagado por completo. Cuando se despertase, horas más tarde, encontraría los bolsillos vacíos.

A él le había tocado una buena parte del botín. Sonrió satisfecho, mientras sacaba del bolsillo de sus pantalones un grueso rollo de billetes de cincuenta libras.

Había casi sesenta. Unas tres mil libras, por unas horas de trabajo, aunque hubiese tenido que acompañar al «primo» en la bebida, no eran mala recompensa por la tarea, en la que, ciertamente, no había estado solo.

—Pero así es la vida —dijo, mientras se disponía a servirse la que, pensó, sería la última copa de la noche—. Unos ganan, otros pierden y... bueno, los más listos son los que ganan siempre.

Puso una buena ración de whisky en un vaso y chasqueó la lengua. A continuación levantó el vaso.

—Por ti, idiota —brindó por el «primo».

Owell no tuvo tiempo de probar el licor. En alguna parte de la casa se oyó un ruido extraño, horripilante, un sonido que ya había escuchado en cierta ocasión dos años antes.

El vaso se le escapó de la mano, estrenándose contra el suelo, y el whisky manchó la alfombra, pero Owell no hizo caso, petrificado por el terror, mientras escuchaba la risa siniestra que parecía provenir del más allá. Era la misma risa que había oído en Morkhington Hall dos años antes, la noche en que murió Tarryl Simms.

En la pared sonaron unos golpes. Un vecino, furioso por lo que creía una sonora diversión del ocupante del apartamento, trataba de hacerle callar.

Owell sintió que se le erizaban los cabellos.

—«El Fantasma Burlón» —dijo, sin poder contenerse.

«¿Aquí, en pleno Londres?», pensó acto seguido.

De repente, se sintió atacado por una incontenible oleada de pánico. Tenía que escapar, debía huir antes de que fuese demasiado tarde. Cierta o no la leyenda del «Fantasma Burlón», lo mejor era desaparecer por una temporada.

Se marcharía de Londres, si. No sabía adónde se iría, pero tenía dinero suficiente pura esconderse durante una temporada...

La risa se había apagado ya, pero le pareció que sus ecos continuaban retumbando lúgubremente en sus oídos. Dio media vuelta y de pronto, se encontró frente a una alta y oscura figura, en la que apenas se distinguían sus facciones.

Un grito de horror brotó de sus labios. Aquella figura lo abrazó sólo un instante. Owell percibió un agudísimo dolor en el corazón y se dio cuenta vagamente de que sus rodillas empezaban a doblarse.

La figura se había separado de él. Ahora estaba arrodilla do en el suelo y la vio alejarse, envuelta en una neblina que se espesaba rápidamente.

Owell no supo que la neblina era el velo que la muerte ponía ante sus ojos. Todo se oscureció y los sonidos dejaron muy pronto de llegar a sus tímpanos, incluso los golpes que el enfurecido vecino seguía dando en las paredes medianeras.

* * *

Kilmaur oyó el timbre de la puerta y, maldiciendo entre dientes al importuno, se puso una bata y se preparó para abrir. Cuando lo hizo, recibió una enorme sorpresa.

—¡Daisy! —exclamó.

La muchacha sonreía ligeramente y él apreció que tenía un periódico doblado bajo el brazo.

—¿Molesto, Clive?

—Oh, no, en absoluto —contestó Kilmaur, echándose a un lado —. Pero, la verdad, no esperaba verte en Londres...

—He venido para hacer algunas compras. Pienso residir ya en Morkhington Hall y quiero empezar a acondicionar la casa, aunque sólo sea provisionalmente. También tú estás aquí...

—Sí, he aprovechado un alto en los trabajos, la ciénaga está completamente vacía y ahora hay que esperar a que se seque por

completo, para iniciar las tareas de limpieza y desbroce. Había pensado que resultaría más económico alquilar la maquinaria que se precisa, en lugar de comprarla, puesto que luego ya no se necesitará... Perdona, no te he ofrecido nada. ¿Quieres una taza de café?

—Me sentará bien, en efecto —admitió la muchacha—. Y a ti también. Clive.

—No entiendo, pero vamos a tomarnos ese café —propuso él jovialmente—. Una taza de café siempre sienta bien al levantarse. Daisy.

—No has madrugado mucho. Son casi las diez de la mañana, Clive.

—Trabajo la mitad del tiempo y la otra mitad la dedico al descanso.

Ella lo miró oblicuamente Kilmaur estaba enchufando ya la cafetera.

—Descanso propio de un hombre... soltero —dijo Daisy.

—Y sin compromiso —añadió él intencionadamente—. Pero, sospecho, tienes algo que contarme. ¿O me equivoco?

—El periódico te lo dirá —respondió la muchacha, a la vez que lo desplegaba, para ponerlo ante los ojos de su anfitrión

Kilmaur leyó los titulares en un instante y luego se apoderó del diario, para conocer más detalles del suceso

—Owell ha muerto —dijo, pasados unos instantes—. Era uno de los invitados la noche en que «El Fantasma Burlón» lanzó su risa siniestra.

—En esta ocasión, también ha vuelto a reír, anunciando otra muerte. Clive.

—¡Daisy! —dijo él en tono de reproche.

—¿Es que no has leído bien la información sobre la muerte de Owell?

Kilmaur golpeó el periódico con el índice.

—Aquí dice que llegó borracho a casa y que reía estrepitosamente. Parece que iba acompañado de otra persona, la cual desapareció muy pronto. Pero no se mencionaba para nada al «Fantasma Burlón».

—Lo sé, lo sé; el periodista no tiene por qué conocer la historia. Sin embargo, el vecino del apartamento contiguo dice que oyó risas muy fuertes...

—Dos amigos contándose chistes —dijo Kilmaur—, Uno de ellos, el dueño de la casa, mucre repentinamente y el otro, asustado, escapa. Eso es todo. Daisy, no le des más vueltas.

—Todo eso estaría muy bien si no fuese por un detalle, Clive.

—A ver, dime...

—Owell llegó solo a su casa. Lo vio entrar el policía de servicio

en el barrio. La casa no es muy grande, sólo tiene seis apartamentos, en tres plantas, y Owell no se relacionaba apenas con los vecinos. Los saludos de costumbre al cruzarse en la escalera o en la puerta y eso era todo. No puede, por tanto, haber invitado a un vecino a tomarse unas copas a las cuatro de la madrugada y luego empezar a contarse chistes que les hicieron reír como locos.

Kilmaur miró asombrado a la muchacha.

—Entonces, ¿crees en la historia del «Fantasma Burlón»?

—preguntó.

Daisy pareció sentirse incómoda de repente.

—Bueno, no... creer no... pero ¿quién reía en el apartamento de Owell? Además, suponiendo que hubiese otro hombre con él... A las cuatro de la mañana, dos amigos que se cuentan chistes, ríen reprimidamente, sin hacer demasiado ruido... Y la risa sonaba muy fuerte, como una grabación emitida a todo volumen Perplejo, Kilmaur se rascó la cabeza.

—Pues sigo sin entenderlo, la verdad. ¿Dice el periódico cuáles fueron las causas de la muerte?

—En apariencia, un ataque cardiaco, pero se está a la espera de la autopsia —contestó la joven.

—Entonces, esperaremos nosotros también. Ah, el café ya está, Daisy. ¿Por qué no nos sentamos?

Momentos después, ella meneó la cabeza con gesto pensativo

—Han pasado dos artos desde la muerte de Simms y sir Grattan. Resulta extraño que ahora muera otro de los personajes que, al parecer, tuvieron alguna relación con el suicidio de lady Sylvia, ¿no te parece?

—¿Por qué habría de resultar extraño? Según se insinúa en el periódico. Owell no hada lo que se dice una vida regular. No dice que no fuese honesta, pero tampoco asegura que fuese un dechado de perfección.

Daisy se mordió los labios.

Daria algo bueno por conocer la relación de Owell con lady Sylvia — murmuró.

—¿Tanto te interesa el tema? —sonrió Kilmaur.

—Simple curiosidad... atendiendo, además, a que somos los Tempton quienes vamos a vivir en Morkhington Hall.

—Daisy, sir Grattan invitó a seis personas aquella noche, para exponerles sus proyectos y solicitar su participación económica en lo que ahora vosotros pensáis realizar. ¿Crees que si hubiese tenido motivos de enemistad contra ellos les habría pedido que se convirtiesen en sus asociados?

—Bueno, quizá tengas razón... pero, de todos modos, me gustaría conocer más a fondo los problemas de lady Sylvia con esas personas.

De pronto, Kilmaur recordó a alguien que, se dijo, tal vez podía darle detalles sobre la muerte de la esposa de sir Grattan.

—Si averiguas algo, no dejes de decírmelo — solicitó, con una sonrisa de circunstancias.

Porque no quería decirle que la persona a quien pensaba ver podía mostrarse locuaz, si él acertaba a conseguir que soltase la lengua, pensó.

* * *

Una doncella, correctamente uniformada en blanco y negro, abrió la puerta y recibió su tarjeta de visita.

—Avisaré inmediatamente a lady Pamela, señor —dijo la sirvienta.

Kilmaur aguardó en el elegante vestíbulo de la casa. A pesar de todo, le pareció que era un marco muy modesto para lo que la dueña aparentaba. ¿Acaso Pamela Ashendon tenía dificultades económicas?

Había pensado que ella tendría una casa mucho más grande, con más sirvientes, aunque cabía la posibilidad de que estuvieran en otros departamentos de la residencia. De todos modos, convenía no hacer juicios precipitados, se dijo.

Pamela apareció a los pocos momentos, ataviada como para estar por casa, pero con una vestimenta muy sofisticada. Al verla sonrió, a la vez que le tendía ambas manos.

—Querido, qué placer verte de nuevo... Francamente, eres la última persona a quien esperaba ver... pero no por ello me siento menos contenta... ¿Puedo invitarte a beber algo?

Kilmaur observó a la mujer durante unos instantes. Habían pasado ya dos años, pero tuvo la sensación de que ella era más vieja de lo que aparentaba. O tal vez había envejecido demasiado en aquel corto espacio de tiempo «Quizá la vi entonces más joven», pensó.

Había patas de gallo en las comisuras de sus ojos y era fácil apreciar que ella se esforzaba para evitar resaltase la doble papada que ya era algo más que una simple insinuación. Aquella noche, se dijo, se había engañado con respecto a la verdadera edad de Pamela Ashendon, no cabía duda.

—Gracias, lo que quieras —aceptó con una sonrisa—. Estás encantadora, realmente preciosa —añadió con lo que estimó una galantería inevitable.

Tú me halagas —sonrió Pamela, mientras se acercaba al pequeño bar que había en la sala a la que lo había conducido—. ¿Hielo?

—Puro y sólo dos dedos, gracias.

—Como quieras, pero siéntate, hombre...

Kilmaur se acercó a un mullido diván. Cuando Pamela se le acercaba con sendos vasos en las manos, apareció la doncella.

—Perdón, señora... ¿Desea algo más la señora? —Gracias, Peggy, nada más. Disfrute de su tarde libre —Muchas gracias, señora.

Pamela se sentó junto al visitante.

—Es la tarde libre de mi doncella —sonrió.

«A mí no me engañas tú. Se lo has concedido para quedarte a solas conmigo», pensó Kilmaur.

—Tienes una casa muy bonita —dijo.

—*Pse,* lo corriente... Lo que sucede es que vivo sola y no me gusta una residencia con demasiadas habitaciones. —Pamela soltó una risita—. Me perderla si tuviera que vivir en una casa como Morkhington Hall.

—Cada uno debe vivir como se sienta más cómodo —dijo él sentenciosamente— Aunque algunos ya no puedan decir lo mismo.

—¿A qué te refieres, Clive?

—Habrás leído la noticia, supongo Owell murió ayer, sobre las cuatro de la madrugada.

Ella se puso rígida en el acto.

—Sí, lo sé — contestó con voz tensa.

—Un vecino declaró que se oyeron risas muy fuertes a esa hora, en el apartamento de Owell.

—Ah, la historia del «Fantasma Burlón»... —dijo Pamela displicentemente—. Pero los Fantasmas no abandonan sus casas para viajar a decenas de millas de distancia...

—Entonces, ¿no crees en la leyenda?

—Los fantasmas son invenciones de gentes crédulas, sin dos dedos de frente. No, no creo en esa historia, Clive. Pero ¿has venido solamente para hablar de una tontería o para estar conmigo, porque te acordabas de mí?

—Si me acordé de ti es por lo que hubo entre los dos aquella noche, cuando te quedaste sin tabaco —sonrió Kilmaur.

—Ahora tengo cigarrillos en casa —dijo Pamela maliciosamente.

—Me lo suponía — contestó él, con una risita simulada—. Por cierto, y ya que estamos en el tema, ¿conociste tú a lady Sylvia, la esposa de sir Grattan?

Pamela oyó aquellas palabras y su cuerpo se atiesó de nuevo.

—¿Adónde quieres ir a parar, Clive? — inquirió.

—Creo que se suicidó. Él no me habló nunca de ese suceso; sólo mencionó una vez de pasada, que su esposa había muerto, pero no dio más detalles. Posteriormente, me he enterado del suicidio. ¿Qué es lo que pasó?

Ella se removió inquieta en el asiento.

—Estaba chiflada —contestó desabridamente.

—Hay muchos chiflados que no se suicidan.

Bueno, ¿y qué me importa a mí eso? Sylvia murió, nada más. No tuve que ver con su muerte, si es eso lo que te interesa.

«No la he acusado de nada, pero ya se disculpa. Además, dice que me interesa», pensó el joven. Luego, deducción lógica. Pamela había tenido algo que ver con la muerte de lady Sylvia.

Por otra parte, apreciaba en ella cierto temor, un miedo quizá no profundo, aunque si difuso, pero que le impedía dar más detalles sobre el suceso. Convenía no atosigarla demasiado, para no provocar una reacción desagradable.

—Lamento haberte disgustado —sonrió—. Y ahora, si me perdonas...

—¿Cómo? —se sorprendió Pamela—. ¿Te marchas ya?

Kilmaur se puso en pie.

—Tengo cosas que hacer. Simplemente, pasé cerca y pensé que debía visitarte — respondió.

Ella parecía decepcionada.

—Yo pensé... que me dejarías pedirte cigarrillos...

El joven se inclinó y la besó en una mejilla.

—Otro día vendré a traerte tabaco —se despidió.

Cuando salió de la casa, había adquirido la convicción de que Pamela había tenido mucho que ver con el suicidio de Sylvia Gallagher. Pero ¿quién podría facilitarle más detalles sobre el suceso?

CAPÍTULO V

Había acordado reunirse con Daisy en un restaurante y la muchacha casi se le echó encima al verlo. Kilmaur apreció que estaba terriblemente excitada.

—¿Has leído la noticia? —exclamó.

Kilmaur puso cara de circunstancias.

—Debo confesarlo: soy un muy pobre consumidor de periódicos. Apenas si los leo, a no ser que se trate de asuntos profesionales... ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo grave?

—Espera, te lo contaré cuando hayamos pedido la cena.

El joven tuvo la suficiente paciencia para no apremiar a Daisy y, cuando hubieron encargado el menú, puso los codos encima de la mesa y la miró fijamente.

—Puedes empezar a hablar — invitó.

—Es algo sensacional. Clive —dijo ella—. Owell no murió a consecuencia de un ataque cardiaco, como se había supuesto en un principia Ya se conoce el resultado de la autopsia y nunca había oído nada semejante.

—¿Le contaron algún cuento de terror y se murió de miedo? —preguntó él sonriendo.

—No seas bromista, esto es algo muy serio. Al hacerle la autopsia encontraron clavada en su corazón una aguja muy fina, de apenas dos milímetros de grueso, por cinco o seis centímetros de largo. Por eso no había manchas de sangre en la espalda, ¿comprendes?

—Una aguja... —dijo Kilmaur, sorprendido.

—Sí, seguramente clavada de un fuerte golpe, aunque el forense aventura la opinión de que se haya podido utilizar una especie de pistola de aire comprimido o algo por el estilo, ya que la penetración ha sido muy profunda. Pero la muerte tuvo que resultar instantánea.

—Todo eso está muy bien y es una explicación lógica, aunque rara, de un extraño asesinato. Ahora bien, ¿por qué? ¿Cuáles son los motivos de ese crimen?

Daisy hizo un gesto ambiguo.

—Bueno, parece que Owell no era precisamente lo que se dice un santo. Vivía una existencia muy irregular y no tenía una profesión definida ni un puesto de trabajo estable. Aunque nunca había estado en la cárcel, la Policía no hubiera podido dar informes favorables

sobre él.

—¿A qué se dedicaba?

—Entre otras cosas, a «desplumar» incautos... Partidas de juego privadas, a veces venta de acciones de compartías imaginarias...

—En resumen, estafa y latrocinio.

—Pues... si, aunque muy bien hecho, ya que nunca fue denunciado por ninguna de sus víctimas. Era un tipo listo, ¿sabes?

—Fue un tipo listo hasta que apareció otro que lo era más —dijo Kilmaur gravemente. —Perdona que te corrija. El que apareció fue un tipo rencoroso, Clive. Para decirlo con una frase terriblemente vulgar, aunque exasperadamente actual, fue un «ajuste de cuentas».

—Dada la forma de vida de Owell, lo encuentro lógico, aunque me extrañe el procedimiento empleado para apartarlo de la existencia En su caso, lo correcto habría sido acribillarlo a balazos, ¿no te parece?

Daisy se echó a reír.

—¿Llamas «correcto» el asesinato de una persona?

—No, sino al método, pero es lo mismo. Owell está muerto. ¿Y qué?

—Pues... que las risas que oyeron los vecinos no eran suyas ni de su amigo, sino las del «Fantasma Burlón».

El camarero vino con la sopa y Kilmaur guardó silencio hasta que les hubieron servido. Luego dijo:

—Daisy, yo no niego que, en personas de mente ultrasensible o de características psíquicas muy especiales, puedan darse determinados casos sobrenaturales. Pero los fantasmas no vienen del otro mundo para clavar agujas en el corazón.

—Eso si es cierto —admitió ella a media voz—. Pero, entonces, ¿qué significaban aquellas horribles carcajadas, como las calificó el vecino que las oyó?

Kilmaur indicó el plato de Daisy con la cuchara.

—Anda, empieza a cenar o se te enfriará la sopa y la tortuga de que proviene se enfadará mucho desde el más allá, por no hacer aprecio de sus virtudes —dijo en tono jovial.

Daisy trató de esbozar una sonrisa.

—Lo lamento. Me siento preocupada y no conozco bien las causas — manifestó.

—Bueno, no te preocupes; todo se solucionará —respondió él.

Daisy probó unas cucharadas de sopa. De pronto, alzó la cabeza.

—Clive, si sir Grattan no estuviese muerto, podríamos pensar que lo hizo él por venganza...

—¿Venganza? — repitió el joven.

—Sí, contra los que causaron la muerte de su esposa.

Kilmaur frunció el ceño

—Es curioso. He estado hablando con lady Pamela del asunto, pero no se ha mostrado muy explícita. La he visto nerviosa y hasta temerosa... y me habría gustado conocer más detalles del caso. Pero no me atrevo a insistir, porque ella, seguramente, no querría volver a mencionarlo.

—Espera — dijo Daisy vivamente—. Yo sé quién, posiblemente puede darnos más detalles del suicidio de lady Sylvia.

—¿Quién? — preguntó Kilmaur, muy interesado.

—Philip Beddick, el que fue administrador de sir Grattan. He tenido que tratar con él, ya que se encargó de la venta de Morkhington Hall, una vez que el heredero de sir Grattan decidió desprenderse de la propiedad. Administró los bienes durante muchos años y estoy seguro de que debe de conocer todos los detalles del caso. ¿Qué te parecería si fuésemos mañana a visitarlo los dos juntos?

—¡Magnifico! —aprobó el joven—. Iremos los dos. Daisy... pero la muerte de Owell me hace sospechar algo en lo que no había reparado todavía.

Daisy adelantó el busto.

—¿Si, Clive?

—Tarryl Simms. Murió en Morkhington Hall y el médico de Kerrit certificó ataque cardiaco. No se le ocurrió, claro está, que podía tratarse de un asesinato. Llegó, examinó superficialmente el cadáver, emitió su diagnóstico y ahí acabó todo, porque nadie se preocupó apenas de Simms. El interés general, como recordarás, estaba centrado en la muerte de sir Grattan. ¿Quién iba a preocuparse de un pobre diablo, muerto de un colapso cardiaco?

—Tienes razón —dijo Daisy, muy excitada—. Se debería exhumar el cadáver de Simms, para una autopsia que no se hizo entonces...

Kilmaur levantó una mano.

—Calma, no precipitemos los acontecimientos —sonrió—. Esperemos a oír lo que el señor Beddick tiene que decimos, ¿no te parece?

Ella emitió un prolongado suspiro.

—Me muero de ganas por que lleguen las diez de la mañana — dijo.

—Por desgracia, el tiempo es algo que no se detiene jamás. Ya llegará esa hora — contestó Kilmaur filosóficamente.

* * *

Philip Beddick era un hombrecito de reposados ademanes, aunque no afectado ni presuntuoso, casi completamente calvo y que

usaba unos anticuados lentes de pinza, sujetos por una cinta negra al ojal de su solapa. El sujeto se mostró muy contento de ver a Daisy nuevamente y también de conocer al hombre que estaba haciendo realidad el proyecto ideado por sir Grattan.

Una madura secretaria les sirvió té. Tras los inevitables prolegómenos, Daisy decidió entrar en materia.

—Señor Beddick, por motivos que no hacen al caso, pero también porque hemos comprado Morkhington Hall, me interesaría saber qué le ocurrió a lady Sylvia, la esposa de sir Grattan. Como usted no ignora, murió unos dos años antes que su marido y, como él, ahogada en la ciénaga, aunque no accidentalmente. Para expresarlo crudamente: fue un suicidio.

Beddick dejó de sonreír en el acto. Reclinado en su sillón, juntó las yemas de los dedos.

—Fue un suceso muy desagradable, por supuesto —contestó—, Y. hasta cierto punto, sir Grattan fue culpable, aunque no por completo. Pero era un hombre poco comprensivo con las flaquezas ajenas y menos con las de una esposa, a la que exigía una conducta intachable en todo momento.

—Eso parece indicar que lady Sylvia, en algún pasaje de su vida, cometió un hecho digamos reprobable —terció Kilmaur.

—Sí, desde luego. Yo no estoy bien enterado del asunto, porque sir Grattan se mo6tró siempre reticente en dar detalles. Ahora bien, parece ser que ciertas personas presionaron de alguna manera a lady Sylvia, a fin de conseguir dinero...

—¿Chantaje? —sugirió Daisy.

—Yo diría que si, aunque ignoro, repito, cuál fue la acción realizada por ella, que mereciese ser ocultada al conocimiento de su marido. Pero éste se enteró y lady Sylvia, por no poder soportar la vergüenza, prefirió dar fin a su vida voluntariamente.

«Una manera muy elegante de definir el suicidio», pensó Kilmaur.

—Entonces, ¿no sabe lo que hizo lady Sylvia? —preguntó.

Beddick hizo un gesto negativo.

—Algo malo, desde luego, pero no lo sé a ciencia cierta —respondió.

—Un tal Hartley Owell murió asesinado hace tres días —dijo Daisy—, ¿Sabe usted si tuvo alguna relación con lo que ya podemos llamar chantaje a lady Sylvia?

—Recuerdo que ése era uno de los nombres que mencionó el difunto Gallagher, pero, insisto, nunca dio detalles sobre el caso.

Daisy se volvió hacia el joven.

—Clive, temo que habremos de interrogar a los Connerdy —dijo.

—No sabemos dónde viven...

—Sir Grattan citó también a esa pareja —declaró Beddick—. De ese matrimonio sé algo más.

—A ver, diga, por favor —pidió la muchacha, muy interesada

—No es mucho... pero puedo decirles que tienen un empleo, aunque ignoro lo que hacen, en un «club» privado que, en realidad, es una casa de juego cerca de Mayfair.

Casa de juego y algo más.

—¿Más? — preguntó Daisy ingenuamente.

Beddick tosió.

—Señorita... no le aconsejo vaya a ese club. Aunque, desde luego, acuden mujeres, y por lo que sé, lady Sylvia estuvo en más de una ocasión, las que van allí no se puede poner la mano en el fuego por su virtud. Ya sé que estamos en tiempos en que ciertos detalles carecen de importancia, pero, de todos modos, insisto, no vaya. Aunque hay un par de jefes de sala, los «croupiers» son jóvenes muy bellas y complacientes.

—Vamos, un prostíbulo de lujo —exclamó Daisy.

Beddick respingó. Kilmaur ocultó una sonrisa.

—Vino, juego y mujeres, ¿qué más se puede pedir en este mundo? —dijo socarronamente. Se volvió hacia la joven—.

Si no te importa, yo haré una visita a ese club —añadió.

—Pero ten cuidado, ¿eh? —advirtió ella, un tanto irritada.

—Seré prudente —prometió Kilmaur con cierta irónica solemnidad.

Beddick volvió a carraspear.

—El director, o dueño, vayan a saber, de ese club, se llama Spencer Jeffries. Es todo cuanto puedo decirles —concluyó.

Los dos jóvenes se dispusieron a abandonar el despacho. De pronto Daisy recordó algo y se volvió hacia Beddick.

—Por cierto, no le he preguntado cómo va la salud del señor Rossiter —dijo.

—Mejora muy lentamente. Todavía tiene para unos cuantos meses en su silla de ruedas. Precisamente, ayer estuvo Gilles a visitarme y me lo dijo.

—¿El mayordomo de sir Grattan?

—Si. El señor Rossiter lo contrató, después de la muerte de su primo.

—Oh, no lo sabía. Está bien, muchas gracias. Adiós, señor Beddick.

En la calle, Daisy se volvió hacia Kilmaur.

—¿Cuándo piensas ir al club de Jeffries? —preguntó.

—Esta misma noche — respondió él sin vacilar.

CAPÍTULO VI

La entrada era discreta, aunque no indicaba pobreza precisamente. Había pocas ventanas iluminadas, pero Kilmaur se dio cuenta de que la mayoría tenían corridas las cortinas. Cuando llamó a la puerta, correctamente vestido de etiqueta, alguien descorrió una mirilla y lo contempló críticamente durante unos segundos.

—¿Qué desea? — preguntó al fin el cancerbero.

—Deseo hacerme miembro del club —manifestó Kilmaur. —L0s derechos de inscripción son quince libras, señor Cheques, no.

—Muy bien, pagaré.

La puerta se abrió silenciosamente, Kilmaur sacó unos cuantos billetes, y el sujeto puso en sus manos una tarjeta rectangular de color fucsia, con un número de cuatro cifras y una letra.

—Consérvela siempre, señor —aconsejó.

Kilmaur miró las cifras. 8.023-E, leyó. Había muchos socios, sonrió para sí.

—Parece la matrícula de un coche —dijo. —Es su código, señor —Gracias.

Kilmaur atravesó el pequeño vestíbulo y se encontró de pronto en una espaciosa sala, en la que había una mesa de ruleta, muy concurrida y que era atendida por dos hermosas mujeres, que manejaban la raqueta y las fichas con singular destreza.

La vestimenta de las «croupiers» era más bien escasa, aunque no se podía decir que estuviesen desnudas. Era preciso, calculó, incitar a los posibles clientes.

—Y tal vez consolarlos de sus pérdidas —murmuró entre dientes.

Cambió cincuenta libras en fichas y jugó varias veces, con suerte variable A su lado, un hombre, de pronto, lanzó una rotunda exclamación:

—¡Ya no juego más! ¡Me han vaciado los bolsillos!

Una de las «croupiers» se le acercó sonriendo y lo cogió por un brazo.

—Venga conmigo, señor. Vamos a ver si conseguimos se le pase el disgusto — dijo.

Los ojillos del hombre chispearon.

—Pero... pero no tengo más dinero...

Ella lanzó una suave risita. Inclinándose al oído, dijo, aunque no

en voz tan baja que Kilmaur no pudiera escuchar su respuesta:

—Cortesía de la casa, amigo.

Kilmaur contuvo una sonrisa. Otra chica ocupó el puesto de la anterior.

Súbitamente, un hombre se acercó por detrás a la recién llegada y le hizo una caricia en las posaderas. Ella se volvió ligeramente y le hizo un leve guillo de complicidad. Kilmaur apenas si pudo dominar un gesto de sorpresa. El hombre que había acariciado a la «croupier» era Dan O'Clough, otro de los invitados a Morkhington Hall la fatídica noche en que habían muerto dos personas.

O'Clough era un sujeto alto, apuesto, bien parecido, aunque, estimó Kilmaur, ya no cumpliría los cuarenta artos. Sin embargo, resultaba muy atractivo y el joven se dijo que debía de tener mucho éxito con las mujeres. —Al menos, con cierta clase de mujeres —musitó.

Siguió jugando. Había puesto una ficha de cinco libras e. inesperadamente, acertó un pleno.

De pronto, se encontró con ciento setenta y cinco libras. Era mejor no arriesgar las ganancias, se dijo. Había jugado muy pocas veces en su vida y sabía lo que podía suceder si se dejaba arrastrar por la fiebre de ganar más dinero

Con aire desprendido, dejó diez libras de propina, recogió las fichas y se dispuso a cambiarlas. En aquel momento, se tropezó con un conocido.

—¡Señor Connerdy! —exclamó.

El sujeto lo miró, sorprendido.

—No lo conozco... Ah, si, el ingeniero Kilmaur.

—El mismo ¿Cómo está usted, señor Connerdy? —el joven se dijo que no debía desaprovechar la ocasión—. He ganado unas cuantas libras en la ruleta. ¿Me permite invitarle para celebrar el acontecimiento?

—Se... será un placer, ingeniero.

Saltaba a la vista que lo que Connerdy sentía no era precisamente alegría, pero el hombre se dejó llevar hasta la barra situada en una sala contigua. Kilmaur pidió de beber y luego se volvió hacia el sujeto.

—Señor Connerdy, me gustaría hacerle una pregunta, si no tiene inconveniente.

—¿De qué se trata? — preguntó el otro, receloso.

—¿Conoció usted a lady Sylvia Gallagher?

La expresión del sujeto cambió radicalmente. La mano con que sostenía la copa tembló y parte del licor se derramó sobre el mostrador.

—Perdone, ingeniero. Olvidé que tenía algo urgente que hacer...

Nos veremos más tarde, ¿eh?

Connerdy desapareció rápidamente, como si lo persiguiese el diablo, pensó Kilmaur, desconcertado por la actitud del sujeto. Sin saber qué hacer, permaneció unos momentos junto al mostrador, bebiendo pausadamente de la copa que le habían servido momentos antes.

Inesperadamente, se le acercó un sujeto.

—¿Señor Kilmaur?

El joven se volvió. Con ojos críticos, contempló al individuo, alto, de anchos hombros, rostro cuadrado y expresión impasible.

—¿Sí?

—Tenga la bondad de acompañarme, señor. Hay una persona que tiene mucho interés en verlo.

Kilmaur descabalgó del taburete y siguió al individuo, quien lo guió a través de unas cuantas salas, hasta una puerta con paneles de madera oscura, que golpeó suavemente con los nudillos, mediante un ritmo que el joven estimó una especie de código, para que el que se hallaba al otro lado pudiese reconocer al que llamaba.

* * *

La puerta se abrió automáticamente y Kilmaur se sintió empujado hacia el otro lado. Tras una mesa, en pie, había un sujeto grueso, sanguíneo, de ojos malévolos y labios porcinos, que sostenía un grueso cigarro con una mano repleta de sortijas y anillos.

—Soy Jeffries —se presentó secamente.

—Tanto gusto — dijo el joven—, ¿Puedo saber qué quieres de mí, señor Jeffries? El sujeto hizo un breve ademán y la puerta se cerró. Otro hombre se situó a su derecha, mientras que el primero que daba a sus espaldas.

—Ha preguntado por lady Sylvia Gallagher —dijo Jeffries.

Kilmaur sonrió.

—El servicio de mensajes, vulgo soplonería, es muy rápido en esta casa — manifestó. —Tiene que serlo. Es la base de mi éxito. Necesito estar informado puntualmente de cuanto sucede en mi casa —dijo Jeffries orgullosamente.

—Muy bien, admitámoslo. ¿Qué tiene que ver eso con mi presencia en este despacho? Jeffries hizo otro leve gesto. De pronto. Kilmaur se encontró con los brazos aferrados por el matón que tenía detrás de él. El otro se colocó un poco delante y algo a su derecha.

—Ingeniero, usted ha preguntado por lady Sylvia Gallagher — dijo el dueño del club—. ¿Cuál es su interés en una mujer que murió hace más de cuatro años?

—¿Y usted? —replicó el joven vivamente—. ¿Cuál es su interés en no querer mencionar ese tema?

Hubo un momento de silencio. Luego, Jeffries dijo:

—Ahora mismo lo sabremos. Le guste o no, tendrá que contestar a mí pregunta. ¿Reilly?

—Sí, jefe —contestó el hombre que estaba frente a Kilmaur.

El otro acentuó su presión con las manos. Kilmaur adivinó lo que iba a suceder.

Lo golpearían hasta que el dolor le hiciese ceder. Y no le señalarían la cara, para que los clientes no pudiesen advertir nada extraño.

El matón cerró el puño. Sonriendo malévolamente, se dispuso a golpear el estómago de Kilmaur.

Entonces, el joven, bruscamente, levantó el pie derecho y clavó la puntera en el bajo vientre del otro.

Se oyó un gemido de dolor. El matón se desplomó, rugiendo sordamente, con las manos en la entrepierna, olvidado ya de sus primitivos propósitos.

Kilmaur no perdió más tiempo. Sin volver, encogió la pierna derecha y luego disparó el tacón hacia atrás.

Sonó un chillido. El hombre que lo sostenía por los brazos lo soltó inmediatamente, a la vez que empezaba a saltar a la pata coja. Kilmaur giró en redondo y le aplicó un contundente «uno-dos» que lo dejó sin sentido instantáneamente.

—El otro, aunque no había perdido el conocimiento, continuaba fuera de combate.

Jeffries, por otra parte, tenía la boca abierta, estupefacto por el inesperado desenlace.

Con la sonrisa en los labios, Kilmaur se acercó a la mesa.

—Usted no quiere hablar de la muerte de lady Sylvia, pero un día charlará hasta por los codos —aseguró—. Por el momento, y hasta mi próxima visita voy a dejarle un recuerdo que le hará pensar mucho en la conveniencia de soltar todo lo que sabe acerca del asunto.

Bruscamente, alargó la mano, asió la corbata de Jeffries y tiró hacia sí. Dada la postura, el sujeto no tuvo otro remedio que inclinar el cuerpo en ángulo recto. Entonces, Kilmaur, sujetándolo por la coronilla con una mano, lo golpeó con la otra, haciendo que su nariz se estrellase contra la mesa.

Jeffries emitió un rugido. Kilmaur repitió la operación dos veces más. Luego alzó al individuo y lo empujó hacia atrás.

—Volveremos a vernos — prometió.

Los dos guardaespaldas no le impidieron la salida.

Más tarde, Kilmaur buscó a Connerdy, pero no pudo encontrarlo, a pesar de los esfuerzos que hizo.

* * *

Sonriendo satisfecho. Dan O'Clough abrió la puerta de su apartamento y se hizo a un lado, para que pudiera entrar su hermosa acompañante.

—Pasa. Betty. Aquí estaremos los dos mejor, sin testigos incómodos...

—Allí nadie nos hubiera visto tampoco —protestó ella.

—Bueno, yo me refería a que... a veces... He oído decir que algunas habitaciones tienen agujeros disimulados, para que ciertos tipos pervertidos puedan ver lo que tace una pareja...

—No lo sabía. Dan — confesó Betty Hinnes.

—No es seguro, pero he oído rumores... Por si acaso, será mejor que lo que se haya de hacer... lo que tengamos que hacer, sea aquí... ¿No te parece, hermosa?

Betty se ablandó.

—Bueno, siendo así...

O’Clough apagó parcialmente las luces. La estancia quedó sumida en una suave penumbra, no muy pronunciada, sin embargo.

Luego abrazó a la joven y empezó a acariciarla. Las dos bocas se confundieron en un ávido beso.

—Quítate un poco de ropa — jadeó él.

—¿Aquí? —se sorprendió Betty.

—Sólo un poco... El resto, en el dormitorio... Yo me quedaré fuera hasta que me llames... Sonriendo maliciosamente. Betty inició un strip-tease parcial hasta quedarse solamente con las prendas íntimas y el liguero. Ignoraba que, en alguna parte de la estancia y muy bien disimulada, había una cámara de televisión que captaba el menor de sus movimientos.

Luego, ella inició una ondulante marcha hacia el dormitorio. Allí había también otra cámara oculta.

—Prepararé algo de beber —dijo O'Clough en voz alta.

—¿Afrodisíaco? — rió ella.

—¿Hace falta, encanto?

—No, creo que no...

Betty terminó de desnudarse y quedó encima de la cama sin cubrir un solo centímetro de su piel. Mientras, O'Clough preparaba las bebidas.

Repentinamente, se oyó un horrible sonido.

Era una risa siniestra, chillona, tableteante, que no pare da salir de una garganta humana. Las manos de O'Clough temblaron con tanta videncia, que los dos vasos que sostenía se escaparon de unos dedos

repentinamente sin fuerza y cayeron al suelo.

En el dormitorio. Betty, aterrada, se cubrió con las sábanas.

—Dan, ¿qué ha sido eso? — gritó.

O'Clough no contestó. Tenía la vista fija en la tétrica silueta negra que se le acercaba con pausados movimientos, deslizándose sobre el suelo, más que caminando, como si gozase de la virtud de la ingravidez.

—¿Qui... quién es usted? —preguntó con un hilo de voz.

No obtuvo respuesta. De pronto, los brazos del desconocido se abrieron como si fuesen las grandes alas negras de un pájaro de muerte.

O'Clough se sintió estrujado súbitamente. Quiso decir algo, pero una mano le tapó la boca. Luego sintió un intensísimo dolor en la espalda, que penetraba hasta lo más profundo de su cuerpo, pero la sensación fue muy breve. Enseguida se hizo todo negro para él.

El silencio volvió al apartamento. Betty llamó a su anfitrión varias veces, pero, al no recibir respuesta, se atrevió a abandonar el lecho y, desnuda como estaba, se asomó a la sala.

Un terrible escalofrío recorrió su cuerpo. Sintióse llena de pánico, porque adivinó que O'Clough estaba muerto, pero, al mismo tiempo, conservó la suficiente serenidad para no prorrumpir en histéricos chillidos.

Lo que menos le gustaba en aquellos momentos era ser interrogada por la Policía. Rápidamente se vistió y luego, sin hacer el menor ruido, abandonó el apartamento, no sin haber tenido la precaución de borrar las huellas dactilares en los sitios en que recordaba haber tocado algo con la mano.

CAPÍTULO VII

Todavía tenía sueño en los ojos, cuando abrió la puerta y miró a la madrugadora visitante a través de los párpados entornados.

—La noche estuvo jaranera, ¿eh? —dijo Daisy maliciosamente.

Kilmaur se puso una mano en la boca para ahogar un bostezo.

—No puedo quejarme. Si, hubo algo de movimiento, aunque no en el sentido que te figuras indebidamente —contestó.

—Oh, si no pienso hacerte ningún reproche... Ya me imagino lo que puede hacer un hombre joven y no mal parecido, cuando se encuentra en un lugar como el club de Jeffries. ¿Son muy bonitas las... «azafatas»?

—Se le iría la clientela si emplease a ancianitas con el pelo blanco y la cara llena de arrugas — repuso él de buen humor—. Oye, ya que estás aquí, ¿por qué no me haces un poco de café, mientras me quito el sueño de encima a base de agua fría?

—Está bien. Dominaré mi impaciencia lo mejor que pueda —rió Daisy.

—Gracias, pero no te comas las uñas.

—No soy onicófaga, Clive.

Kilmaur se encaminaba ya hacia el baño y se volvió al oír aquella extraña palabra.

—Oni... ¿qué?

—La onicofagia es el vicio de comerse las uñas, hombre.

—Ah... —Kilmaur meneó la cabeza—, ¡Qué manía de poner nombres raros a las cosas corrientes!

Minutos más tarde, fue a la cocina y ella le tendió una taza de café. Tras unos sorbos, Kilmaur dijo:

—Acerté un pleno. Había perdido unas veinte libras, de modo que las ganancias netas fueron ciento cincuenta.

—No está mal. Además, conseguiste algo...

—Sí, pero sólo hasta cierto punto. Al dueño del club, esto es, a Jeffries, no le gustó que preguntase por lo que le sucedió a lady Sylvia.

—¿Qué tiene él que ver con el caso? —preguntó Daisy, asombrada.

—No lo sé. Yo hablé primeramente con Connerdy, a quien vi casualmente en aquel lugar. Lo llevé al bar, con la intención de

soltarle la lengua, pero apenas mencioné el asunto, escapó como alma que lleva el diablo. A los pocos momentos, vino un tipo diciéndome que Jeffries quería verme. Lo seguí y me preguntó qué interés tenía en la muerte de lady Sylvia. Yo le pregunté qué interés tenía él en no mencionar el tema y entonces dos de sus matones quisieron darme una paliza. Me deshice de ellos, modestia aparte, dejándolos fuera de combate, luego le di a Jeffries unos cuantos golpes y me marché, diciéndole que volvería otro día para hablar del tema. Eso fue todo.

Los ojos de la chica despedían chispas.

—De modo que hubo pelea, ¿eh?

—Fue muy breve y poco espectacular, no te hagas ilusiones.

—De todas maneras, me habría gustado estar presente. Otro día...

—Otro día no tendré tanta suerte, porque los matones de Jeffries estarán apercibidos y no se dejarán sorprender. Yo tampoco, desde luego.

—Entonces, piensas volver.

—Sí, aunque no esta misma noche. Antes querría ver a una persona, para conseguir más detalles.

—¿Quién es, Clive?

Kilmaur volvió a llenar su taza de café.

—Había pensado primeramente en ver a los Connerdy, pero pude darme cuenta de que él senda un miedo espantoso. Tampoco se dejaría sorprender si fuese a visitarlo hoy, ¿comprendes?

—Entonces... ¿se trata de Pamela Ashendon?

—No Dan O’Clough estaba también anoche en el club, con el aire de un sujeto habituado a frecuentarlo y conocido de todo el personal de la casa, especialmente de las damas que están allí para atender a los clientes. No reparó en mí y creo que si fuese a verlo hoy la sorpresa no le permitiría reaccionar demasiado. Tal vez me equivoque, pero es así como opino. Daisy.

—Estoy de acuerdo contigo —declaró la muchacha—. Y, dime, Clive, ¿cuándo piensas ir a ver a O'Clough?

Kilmaur la miró oblicuamente.

—Si tuviese que apostar para adivinar lo que piensas en estos momentos ganaría —dijo.

—Es cierto. ¿Me permites que te acompañe?

El joven se echó a reír.

—¿Quién podría negarse a la petición de una joven tan bonita como una princesa de cuento de hadas?

Ella se ruborizó intensamente.

—Sólo soy una chica corriente —dijo.

—No puedes evitar que a mí me parezca que eres lo que he dicho —respondió Kilmaur—. Dispénsame unos minutos; voy a terminar de

vestirme y nos iremos a ver a O'Clough sin pérdida de tiempo. Seguramente, trasnochó más que yo y puede que lo sorprendamos todavía en la cama.

De pronto, pensó que era posible que O'Clough estuviese en agradable compañía, pero Daisy no era una mojigata y no se impresionaría demasiado por un espectáculo nada edificante.

—Son otros tiempos —resumió así sus pensamientos, mientras terminaba de hacerse el nudo de la corbata.

* * *

La puerta permaneció cerrada después de varias llamadas. Kilmaur y Daisy cambiaron una mirada de decepción.

—No está — dijo ella.

—Habrá ido a dormir a otra parte —supuso él. «Y bien acompañado, por cierto», pensó.

—¿Qué hacemos, Clive? ¿Volver en otro momento?

Kilmaur dudó. En aquel instante, alguien abrió la puerta de otro de los apartamentos situados en la misma planta.

Un hombre pasó por su lado y les saludó con una breve inclinación de cabeza. Luego desapareció escaleras abajo.

De pronto. Daisy lanzó un pequeño grito.

—¡Mira, Clive!

El joven volvió la vista. La puerta del apartamento de O'Clough se había abierto un par de centímetros. Kilmaur supuso que no estaba cerrada con llave y que la corriente de aire provocada por la otra puerta abierta por uno de los vecinos había hecho que se abriera la de O'Clough.

—Bueno, tal vez estaba demasiado dormido y no nos oyó —supuso.

—Debe de abusar de los sedantes —murmuró Daisy, en tono de reproche—. Con lo bien que se duerme naturalmente, sin pastillas...

—Eso es porque tienes la conciencia tranquila y, calculo, una salud de hierro —dijo él riendo.

Empujó la puerta y dio un par de pasos en el interior del apartamento. De pronto, se detuvo, como si se hubiera convertido en una estatua de piedra.

Daisy, inadvertida, chocó con él. Al apartarse vio el cuerpo tendido en el suelo

—Oh, no...

Kilmaur procuró rehacerse de la terrible impresión sufrida.

—No grites, por favor—pidió en voz baja.

Saltó hacia atrás y cerró la puerta. Luego se acercó al cuerpo

tendido en el suelo y se arrodilló a su lado.

Con el dorso de la mano, tocó su mejilla.

—Está frío. Hace ya algunas horas que ha muerto —dijo.

Daisy estaba vuelta de espaldas.

—¿Asesinado?

Kilmaur inspiró profundamente. Luego dio la vuelta al cadáver y examinó su espalda minuciosamente. Era difícil, pero consiguió encontrar el casi microscópico orificio por donde había entrado la aguja mortífera.

Con gran cuidado, volvió a dejar el cadáver en la misma posición.

—Si —dijo al cabo—. Asesinado, por el mismo procedimiento que Owell.

—Entonces, debemos suponer que el asesino es una misma persona...

—Por supuesto, eso es algo que no se debe discutir.

—Clive, tendremos que avisar a la Policía —dijo Daisy muy nerviosa.

—¡Aguarda un momento!

Kilmaur se volvió hacia la muchacha.

—Vinimos aquí para hablar con O'Clough. Ha muerto a la madrugada, seguramente, y nadie parece haberse dado cuenta de ello. Por tanto, vamos a registrar el apartamento, para ver si encontramos algo que nos dé una pista y podamos saber así qué relación pudo tener con la muerte de lady Sylvia.

—E... está bien. Procuraré soportarlo...

El joven dio unas palmaditas en la espalda de Daisy.

—Está muerto y no puede hacemos ningún daño. Nos repartiremos las habitaciones, con una advertencia — dijo.

—¿Si, Clive?

—Cada vez que termines de tocar algo, borra tus huellas con un pañuelo, ¿entendido?

—Pero la Policía, si se entera...

—No tenemos por qué decirlo.

Daisy suspiró.

—Si tú lo dices...

Inmediatamente, empezaron a registrar el apartamento.

* * *

Transcurrió casi una hora. De pronto, Kilmaur reparó en una pequeña estantería, en la que había un par de docenas de libros de una forma un tanto peculiar.

En el lomo de cada libro se veía un título. Al joven le extrañó que algún título, que le resultaba conocido, no se correspondiese con el nombre del autor, que figuraba solamente con unas iniciales.

Daisy se le acercó en aquel momento.

—No he encontrado nada — manifestó.

Entonces reparó en la extraña actitud de Kilmaur.

—¿Qué miras, Clive? — inquirió.

—Estoy viendo un libro... «El amante de lady Chatterley»... ¿Por qué no figura el nombre del autor, D.H. Lawrence y en su lugar aparecen dos iniciales distintas, S.G?

—Son las iniciales de lady Sylvia Gallagher —exclamó Daisy.

Kilmaur sacó el libro de la estantería y lo abrió. Con enorme sorpresa, vio que era sólo un tomo figurado y que había en su interior un cartucho de cinta de video.

—Espera, vamos a ver...

Recordaba haber visto un televisor con el vídeo. Seguido de la muchacha, pasó a la sala e insertó la cinta en el lugar correspondiente. Manejó los controles y la pantalla se iluminó a los pocos instantes.

Durante unos momentos, Kilmaur y Daisy contemplaron atónitos unas escenas que tenían muy poco que envidiar a las de cualquier película erótica. Ella no quiso seguir mirando a la pantalla y se volvió de espaldas.

—Es demasiado para mi —declaró, respirando afanosa— No me gustan cierta clase de porquerías...

Era alucinante ver a una persona muerta cuatro años antes, en diversas posturas, completamente desnudas, lo mismo que su «partenaire», pensó Kilmaur. Podía, además, oír la voz de Sylvia y sus risas y bromas obscenas, pero ciertos gestos de la muerta le hicieron sospechar que no estaba por completo en su sano juicio.

—O se drogaba o la drogaron —dijo.

—¿Tú crees...?

—Ya no puedo asegurar nada, pero apostaría algo bueno que Sylvia tomó algo que la liberó por completo de prejuicios e inhibiciones. Algo de alcohol, una mínima dosis de una droga alucinógena...

—Y así, O'Clough consiguió algo con lo que más adelante la hizo chantaje, ¿no te parece?

—Eso es lo que pienso. Además, diría que no fue ella solamente la que estuvo aquí y fue sometida al mismo «tratamiento» que Sylvia. Todos esos libros de la estantería deben de contener cintas de vídeos, de las que O'Clough obtendría, sin duda, un bonito provecho.

—Me gustaría saber cómo pudo persuadirla de que viniera a este apartamento. Por lo que he oído, Sylvia era una mujer muy ponderada, no una fanática puritana precisamente, pero poco dada a

ciertos excesos —dijo la muchacha.

—O'Clough lo consiguió de alguna manera, no cabe duda. Y terminaremos por averiguarlo...

Kilmaur se calló de pronto. En la pantalla aparecía Sylvia, completamente desnuda, corriendo delante del dueño del apartamento. Los dos salían del dormitorio y llegaban a la misma sala en que él y Daisy se encontraban en aquellos instantes.

—Espera un momento —exclamó.

Detuvo |a proyección y buscó con la vista algo, hasta que encontró lo que sospechaba podía hallarse en la estancia. Agarró una silla y se subió encima, tanteando la pared, hasta encontrar la forma de separar un pequeño panel en el que había un orificio perfectamente disimulado.

Daisy lanzó un gritito de sorpresa al ver la cámara escondida en aquel hueco. Subido en la silla, Kilmaur extrajo el cartucho de cinta y saltó al suelo de nuevo.

—Vamos a ver lo que hay grabado en esta cinta —dijo.

Tras hacer el cambio correspondiente, presionó el botón de contacto. A los pocos segundos, presenciaron la entrada de O'Clough acompañado de una hermosa joven.

—La vi anoche, en el club —dijo él

Betty desapareció a los pocos momentos de la pantalla. De pronto, se oyó en la estancia una risa siniestra.

—¡«El Fantasma Burlón»! —gritó Daisy.

Kilmaur apretó los labios. Morbosamente fascinado, vio la alta y negra figura que se acercaba lentamente a O'Clough, quien parecía paralizado por el horror.

El rostro del desconocido resultaba invisible. Parecía en sombras, pero Kilmaur pudo apreciar que llevaba puesta una máscara de tela muy fina, que sólo permitía ver sus ojos.

—Una cosa es segura: el asesino ignoraba que su acción estaba siendo grabada —dijo—. De otro modo, habría destruido la cinta, ¿comprendes?

Daisy asintió. También ella se sentía atraída inexorable mente por el horrible espectáculo de un asesinato grabado en cinta de video.

El desconocido, que parecía realmente un espectro, abrazó a O'Clough con una mano. El dueño del apartamento estaba vuelto de espaldas Kilmaur pudo ver que en aquella mano había una especie de pluma estilográfica, que apoyó contra el cuerpo de O'Clough.

El dueño del apartamento se estremeció horriblemente. Luego empezó a caer al suelo. El asesino desapareció a los pocos momentos.

La voz de Betty resonó en el dormitorio. Segundos después, se la vio asomarse a la sala y horrorizarse al ver caído a su anfitrión.

Betty pasó muy pronto por delante de la cámara, escapando de la

casa. Kilmaur hizo un gesto con la cabeza.

—Tendré que ir a verla... otro rato —dijo.

Daisy empezaba a recobrarse.

—Clive, ¿qué piensas hacer? — preguntó.

El joven dudó un momento.

Luego dijo:

—Las demás cintas deben de tener grabados encuentros de O'Clough con distintas mujeres. Las borraré, para que ninguna de sus conquistas pueda sentirse perjudicada por una publicidad indeseable. En cuanto a la escena del asesinato, me la llevaré, para pasarla varias veces por mi video, para ver si consigo captar más detalles y averiguar así su identidad.

—¿No estás obstaculizando la acción de la Policía?

Kilmaur se encogió de hombros.

—No encontraron ninguna cinta grabada en casa de Owell —respondió— Si dejo todo en orden, no sospecharán nada. Y si llegasen a sospecharla no pensarían en nosotros... en mí precisamente.

—Soy tu cómplice, Clive, no lo olvides.

—Entonces, iremos juntos a la cárcel — respondió él en tono de broma.

Pero no era una broma lo que estaba sucediendo, pensó.

Y, de pronta se le ocurrió una pregunta que parecía lógica en tales circunstancias:

—¿Quién es el misterioso personaje que ha adoptado la identidad del «Fantasma Burlón» para cometer sus crímenes?

Daisy no supo qué contestar. Realmente, no encontraba ninguna respuesta para aquella pregunta.

CAPÍTULO VIII

—De no ser porque sir Granan está muerto, podríamos sospechar de él, ¿no te parece? —dijo Daisy aquella misma noche, mientras cenaban en un discreto restaurante.

—La muerte de sir Grattan es algo fuera de toda duda —contestó él—. Bien, alguien mató a O'Clough, pero ¿por qué?

—¿Y si fue alguien harto de soportar las continuas exigencias económicas de ese tipo?

—En tal caso, se habría llevado la cinta con la que lo extorsionaba. A él o a su esposa, si estaba casado. Pero muy bien pudo ocurrir que O'Clough le dejase el apartamento para la entrevista con alguna amiga y el sujeto se enteró demasiado tarde de que había sido filmado por una cámara oculta.

—Luego. O'Clough le enviaría una copia...

—Es lo que parece más lógico, si se trataba de un hombre. Recuerda que no vimos más cintas, sino que nos limitamos a borrarlas.

—Muy bien, de acuerdo, pero ¿por qué el asesino tuvo que adoptar la personalidad del fantasma?

Kilmaur se echó a reír.

—Eso es una incongruencia. Un fantasma no tiene personalidad; sólo es una apariencia... aunque, en el fondo, esta cuestión semántica no tiene importancia. De todos modos, me gustaría saber por qué tuvo que morir Dan O'Clough y no solamente por el asunto de las cintas grabadas.

Simms, Owell y él estuvieron en Morkhington Hall la noche en que murió Sir Grattan.

—¿Es que puede haber otros motivos? —preguntó Daisy.

—Simms y Owell, supongo, no se convirtieron en amantes de lady Sylvia. ¿Qué hizo Pamela Ashendon? ¿Qué hicieron los Connerdy?

—Tendríamos que hablar con ellos, pero mucho me temo que se muestren reacios a soltar la lengua —dijo ella apesadumbradamente.

—Lo intentaré de nuevo con lady Pamela...

—¡Un momento, Clive! Hay una persona de la cual nos hemos olvidado por completo. Kilmaur miró a la muchacha con interés.

—¿Quién, por favor?

—Gilles, el mayordomo de sir Grattan. Llevaba mucho tiempo a

su servicio y, es de suponer, estaría enterado de muchas cosas de su amo Sir Grattan está ya muerto y no creo que deba seguir guardando la discreción a que antes estaba obligado, ¿no te parece?

Kilmaur consideró la sugerencia, mientras se frotaba el mentón.

—Podríamos intentarlo —convino al fin—, sólo que tropezamos con un inconveniente. Daisy.

—¿Qué inconveniente, Clive?

—No sabemos dónde vive...

—¡Tonto! —rió ella—, ¿Es que ya no recuerdas que está ahora al servicio de Fulbert Forrester, el primo impedido de sir Grattan?

—Es verdad, lo había olvidado. Tú has debido entenderte con Forrester, claro.

—Y no vive muy Jejos de Londres, apenas a media hora de coche y sin prisas. ¿Qué te parece si vamos a verlo mañana?

—¿Hora?

—¿Las ocho?

—Las nueve.

—No eres muy madrugador — le reprochó Daisy.

—Lo soy cuando estoy en mí trabajo y no se me pegan las sábanas, puedo asegurártelo.

—Está bien, ven a buscarme a las nueve —cedió ella.

Cuando salieron del restaurante, no lejos de la puerta, un vendedor voceaba las últimas noticias del día junto a su puesto de periódicos. Kilmaur y Daisy cambiaron una mirada de inteligencia al ver los grandes titulares con que se anunciabala muerte de O’Clough, hallado muerto pocas horas antes.

Pero ciertos escrúpulos les impidieron comprar ningún ejemplar. Más tarde se separaron, sin apenas comentar el suceso, y Kilmaur regresó a su casa.

Durante mucho rato, estuvo proyectando repetidas veces la escena del asesinato de O'Clough, incluso al «ralentí». Lo atraía singularmente el arma empleada para el crimen.

—Una especie de tubo-pistola, que dispara la aguja mortífera... tal vez por un muelle muy potente o un cartucho de aire comprimido —especuló—. Y tiene que disparar la aguja a una parte blanda del cuerpo, como es el corazón, ya que, seguramente, no tiene la fuerza suficiente para atravesar los huesos del cráneo, lo que también sería causa de la muerte de su víctima.

Cansado de no obtener más detalles, se fue a la cama, haciéndose una promesa a si misma debería tener muchísimo cuidado con el arma del asesino.

* * *

Eran apenas las diez de la mañana cuando el coche se detuvo frente a la puerta que permitía el paso al jardín que rodeaba la casa donde residía el primo enfermo de sir Grattan. La casa era más bien de apariencia modesta, aunque tampoco se veía que el dueño padeciera penuria económica.

—Con lo que le pagamos por Morkhington Hall, se habrá constituido una bonita renta —dijo Daisy, después de apearse del automóvil.

Junto a la entrada, se veta una anilla. Daisy tiró de ella y la alta y estirada figura de un hombre conocido se hizo visible a los pocos momentos en el umbral de la casa.

Gilles cruzó el jardín y abrió la cancela.

—Señorita Daisy... Oh, también viene con usted el ingeniero Kilmaur... Celebro infinito verles de nuevo —saludó cortésmente.

—Muchas gracias. Gilles —dijo el joven—. Querríamos hablar con usted y...

Daisy hizo un ademán con la mano

—Déjeme a mí, Clive —solicitó—. Gilles, ¿podemos saludar al señor Forrester? Desde luego, queremos hablar con usted, pero no nos parece discreto hacerlo sin antes enterar de nuestros propósitos al señor Forrester.

—Por supuesto, señorita; estoy a su disposición — contestó el mayordomo—. Vengan por aquí, se lo ruego.

Gilles los precedió en el camino. Mientras andaban, se volvió hacia la muchacha.

—Sentí una pena infinita cuando murió sir Grattan —manifestó —. Había estado muchos años a su servicio, pueden comprenderlo. Luego tuve mucha suerte cuando el señor Forrester me llamó para que lo atendiera...

—¿Está muy enfermo, Gilles? —preguntó Kilmaur.

—Ya empieza a recuperarse, aunque el médico le ha dicho que tiene para bastante tiempo.

Pasarán meses antes de que pueda abandonar la silla de ruedas, señor.

—Espero que se recupere satisfactoriamente, Gilles.

—Muchas gracias señor.

Momentos después, eran introducidos en una estancia, sencillamente decorada, aunque no se percibía sensación de pobreza, en la que se hallaba un hombre sentado en una silla de ruedas, con las piernas cubiertas por un «plaid» escocés. Los ojos de Fulbert Forrester estaban ocultos por unas gafas de color. El parecido de familia, se dijo Kilmaur, era evidente.

—Señor, la señorita Tempton y el ingeniero Kilmaur —anunció

Gilles solemnemente.

—Es un placer conocerlos —dijo Forrester en voz baja y algo cascada—. Aunque ya conocía a la señorita, desde luego, celebro infinito volver a verla. Pediré a Gilles que les sirva una taza de té...

—Por favor. —Daisy alzó una mano—. No es necesario que se moleste por nosotros. Al contrario, debemos pedirle perdón por la incomodidad que le causa nuestra visita.

—Oh, por favor, señorita; para un pobre enfermo, las visitas de los amigos son siempre un alivio.

—Es la primera vez que lo veo, señor Forrester —intervino el joven.

—Si es amigo de la señorita Daisy, también lo es mío, ingeniero. Y, díganme, ¿en qué puedo servirlos?

Hubo un instante de silencio. Kilmaur decidió que fuese Daisy quien llevase la voz cantante.

La muchacha habló al fin:

—Señor Forrester, queremos hablar con Gilles, pero no nos gustaría hacerlo sin su autorización. Es un tema desagradable, relacionado con su difunto primo. Si usted nos lo permitiese...

Forrester hizo un leve gesto de aquiescencia.

—Por supuesto, hablen con Gilles todo lo que quieran... y él pueda contestarles — dijo.

—Muchas gracias. Nos despediremos de usted cuando haya terminado la conversación.

—Se lo agradeceré. Señorita Daisy.

Los dos jóvenes pasaron al vestíbulo, en donde ya los aguardaba el mayordomo Prudente. Kilmaur decidió que fuese Daisy quien llevase el peso de la conversación. Ya intervendría, caso de que ella olvidase algún detalle interesante o resultase necesario.

Daisy miró a Gilles con ojos de simpatía. Al cabo de unos segundos, dijo:

—No lo hemos tenido nosotros a nuestro servicio, pero sabemos que es persona muy competente y que sabe desempeñar su puesto maravillosamente. Con sinceridad, si algún día se queda sin empico, venga a buscarnos a Morkhington Hall.

Gilles se inclinó levemente.

—Es usted muy amable, excesivamente amable, señorita. Siempre he procurado cumplir mi deber lo mejor que he podido, eso es todo — respondió.

—Gracias, Gilles. Y ahora, voy a hacerle una pregunta... Si la estima indiscreta o cree que no debe contestarla, dígalo claramente. ¿Entendido?

—Estoy a su disposición, señorita. Pregunte todo lo que quiera.

—Se trata de una persona a la que usted atendió en tiempos

pasados. Concretamente, de lady

Sylvia.

—Oh, pobre señora... Eran tan buena, tan dulce y generosa... y sobre todo, una verdadera belleza. Su trágica muer te me afectó muchísima Jamás pude imaginarme que acabaría de tan horrible manera...

—Ahogada en la ciénaga ¿verdad?

—En efecto, señorita.

—Y eso sucedió porque ella quiso.

Gilles hizo un leve gesto de asentimiento.

—Lady Sylvia debió de sufrir un acceso de depresión real mente insuperable, que la llevó a adoptar tan espantosa decisión. De otro modo, no se explica lo ocurrido, señorita.

—Gilles, nadie se suicida si no tiene motivos muy poderosos para ello —dijo la muchacha—. Esos motivos pueden provocar lo que se llama un trastorno mental transitorio, que influye poderosamente en la auténtica voluntad de la persona afectada. ¿Qué pudo causar en lady Sylvia un estado psíquico semejante?

—No lo sé con seguridad, señorita. Creo que la señora tenía dificultades... problemas que nunca explicó satisfactoriamente... Por lo menos, a mí, ya que sólo era un sirviente.

—¿Problemas de dinero o de otra clase? —terció Kilmaur.

—Si se refiere a asuntos económicos, creo que no, señor. En cuanto a los problemas de «otra clase», como comprenderá, señor, yo no iba a husmear en la vida privada de lady Sylvia.

—Oh, vamos, vamos, Gilles —exclamó Daisy—, no sea tan prudente. Por desgracia, sir Grattan y lady Sylvia están muertos. Nosotros nos vamos a divulgarlo por todas partes, puede creernos.

—Es que, verá, señorita... —El mayordomo titubeó—. Siempre me ha gustado la discreción máxima respecto de las personas a quienes he servido.

—Pero ahora están muertas —insistió ella—. Y tiene nuestra palabra de que no haremos público lo que usted tenga que contarnos sobre el particular.

—Está bien. No sé mucho... pero creo que lady Sylvia, durante un corto periodo de tiempo, observó una conducta... digamos impropia. Me parece haber oído algo sobre pérdidas en el juego y luego una relación amorosa con un individuo que, al parecer, sólo quería sacarle dinero...

—¿Dan O’Clough? —sugirió Kilmaur.

Gilles se volvió hacia el joven, sorprendido.

—Sí. ¿Cómo lo sabe, señor?

—O'Clough fue asesinado hace dos días.

Hubo un instante de silencio. Luego, Gilles meneó la cabeza

pesarosamente.

—Era una mala persona. No se debe desear la muerte de un ser humano, pero no lamento la del señor O'Clough. Tengo entendido que fue el verdadero culpable del estado de ánimo de la señora y la situación que la llevó al suicidio.

—Sir Grattan, supongo, se enteró del asunto —dijo la muchacha.

Gilles asintió.

—No sé cómo, pero así sucedió. Para él fue un golpe terrible, pero sé que estaba dispuesto a perdonarla. Sin embargo, ella no pudo soportar la vergüenza de haber dado un paso en falso y se arrojó a la ciénaga.

—Gracias, Gilles. Estimamos muchísimo su amabilidad y le rogamos disculpe nuestra indiscreción.

—Yo soy quien debe darle las gracias a ustedes, señorita. Si puedo servirlos en algo más…

—Eso es todo. —Daisy se volvió hacia el joven—. ¿No lo crees así, Clive? —consultó.

—Por mi parte, no tengo que añadir nada —respondió Kilmaur —, Salvo las gracias al buen Gilles.

El mayordomo se inclinó.

—Deseo haberles sido útil a los dos —dijo.

CAPÍTULO IX

En el coche, tras haberse despedido de Forrester, Daisy, muy pensativa, se arrellenó en el asiento y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Me parece que hemos perdido el tiempo. Clive —dijo.

—¿Por qué? —se extrañó Kilmaur.

—Francamente, esperaba más de Gilles. En realidad, no nos ha dicho nada que no supiéramos ya...

—Perdona que te corrija. Ha hablado de pérdidas en el juego, cosa que ignorábamos.

—Pero lo suponíamos, Clive.

—Sólo hasta cierto punto, Daisy. Respecto a su relación con O'Clough, nosotros ya encontramos pruebas suficientes. Falta, sin embargo, saber la cantidad exacta a que ascendieron sus pérdidas en el juego.

—Sí, pero ¿quién nos va a decir eso?

—Había pensado en Jeffries, pero no lo veré de nuevo... por el momento. Sospecho que Jeffries, en el fondo, estaba enterado de la conspiración que urdieron algunas personas, para arrancarle un buen pellizco a lady Sylvia. Incluso es posible que cooperase o, por lo menos, cerrase los ojos, si se hicieron trampas que causaron tales pérdidas. Jeffries no lo dirá, porque es un tipo duro y habituado a situaciones difíciles. Pero los Connerdy, espero, serán más manejables

—¿Irás a verlos?

—Sí, iré en cuanto me sea posible. Y también volveré a ver a Pamela Ashendon. Voy a ver si los presiono, para que me digan todo cuanto saben. «El Fantasma Burlón» es alguien que trata de vengarse de ellos por motivos que desconocemos, pero relacionados con el suicidio de lady Sylvia. No es un espectro, sino un ser de carne y hueso. Los fantasmas pueden matar de miedo, pero no usan armas tan sofisticadas como un lanzador de proyectiles en forma de aguja, ¿comprendes?

Daisy entornó los ojos.

—Sir Grattan está muerto. De lo contrario, podríamos pensar que él lo hizo, ¿no crees?

—Algunos pensarán que se está vengando desde el más allá, Daisy.

—Sí, pero por mediación de una persona viva, no lo olvides.

—Eso es muy cierto —sonrió Kilmaur—, Sea quien sea el asesino, ignoró el importantísimo detalle de que su crimen había sido registrado en cinta de video.

—Pero no se le ven las facciones...

—Volveré a insistir, proyectando de nuevo la cinta. Tal vez encuentre algún detalle que se me haya pasado por alto. Es cuestión de paciencia, simplemente.

—Clive, se me está ocurriendo una pregunta. ¿Crees que era necesario borrar las otras cintas que había en casa de O'Clough?

—Sinceramente, si. Esas cintas comprometían gravemente a personasˆ supongo que mujeres en su mayoría, que creyeron en O'Clough y no sabían que él las utilizaba para sacarles dinero más adelante. Era un tipo astuto; incluso tenía un desmagnetizador para borrar las cintas rápidamente o, al menos, determinados pasajes de las mismas, de modo que no lo comprometieran a él o tal vez a un posible cómplice. Pero sin desmagnetizador, no habríamos podido realizar el borrado en tan poco espacio de tiempo, aparte de que, si se quería hacer desaparecer lo grabado sin recurrir a ese aparato, tenía que grabarse otra escena encima de la ya existente, ¿comprendes?

—Hubiéramos pasado horas enteras allí, ¿verdad?

—Demasiado tiempo y, además, ¿qué hubiéramos grabado? ¿Programas de televisión?

—Yo podía haber hecho unos numeritos cómicos... —rió ella. De pronto, se puso seria—, Clive, éste es un asunto mucho más grave de lo que pensamos —agregó. —Lo es. Daisy — convino él sombríamente.

* * *

Aquella noche, Daisy se acostó a su hora habitual. Estuvo leyendo un buen rato y, cuando sintió que llegaba el sueño, apagó la luz.

Durmió un periodo de tiempo cuya duración no supo calcular, pero, de repente, despertó terriblemente sobresaltada.

No sabía qué había causado aquel brusco despertar, pero se sentía muy aprensiva. El presentimiento que no estaba sola en la casa invadió bruscamente su ánimo y, de forma instintiva, se encogió en el lecho.

Sin embargo, no encendió la luz y procuró mantener un silencio absoluto. Estuvo así durante unos minutos y, al fin, haciendo un esfuerzo sobre si misma, consiguió tranquilizarse.

—Sólo son aprensiones — musitó.

De repente, creyó oír el crujido de una tabla en alguna parte.

Había parquet en determinadas piezas del apartamento. Daisy sintió que se le paralizaba el corazón.

Un ligero ruidito, apenas perceptible, llegó desde un punto situado relativamente cerca del dormitorio. Ahora estaba convencida de que alguien había entrado en la casa.

El intruso no parecía tener intenciones de hacerle daño. Por el contrario, quería pasar desapercibido. Daisy pensó que, si era un ladrón, debía dejar que se llevase lo que quisiera. Si trataba de impedírselo, podía reaccionar de forma violenta y no estaba dispuesta a sufrir daños acaso irreparables.

Transcurrieron algunos minutos. De repente, notó que la puerta del dormitorio se entreabría ligeramente.

Continuó simulando estar dormida. Pero, a través de los párpados entreabiertos, pudo ver parte de una cabeza humana que se asomaba por el hueco.

Las facciones resultaban invisibles. Daisy pensó instantáneamente en el misterioso individuo que había asesinado a Dan O'Clough. Se cubría el rostro con una media negra o algo parecido. ¿Era el mismo que ahora trataba de averiguar si estaba dormida?

El pulso latía violentamente. Daisy estaba dispuesta a saltar de la cama y organizar un buen escándalo si era atacada.

Tenía algunos libros encima de la mesilla de noche. Los lanzaría a la ventana, rompería los cristales y...

La puerta giró de nuevo para cerrarse sin el menor ruido. Daisy contuvo el aliento hasta que no pudo más y entonces dejó escapar el aire largamente retenido en los pulmones. Luego esperó un buen rato.

Cuando estuvo segura de que se había quedado nuevamente sola, se levantó, encendió las luces y recorrió la casa detenidamente.

Todo estaba en orden, apreció. Entonces, desconcertada, se preguntó a qué había venido el desconocido.

Hablaría con Clive en cuanto le fuera posible, pensó. Ahora, no; eran sólo las tres y media de la mañana y no quería despertar al joven.

Enervada volvió al lecho, tras haber asegurado la puerta de acceso al apartamento Se reprochó su descuido al llegar a casa, prometiéndose no repetirlo en ocasiones sucesivas. Luego se esforzó por relajarse, para conciliar el sueño de nuevo. Le costó mucho, pero, al fin, consiguió dormirse.

Por la mañana, un tanto aturdida por la mala noche pasada, fue al baño y abrió los grifos de la bañera. Ahogó un bostezo y luego fue a la cocina para enchufar la cafetera. Tomaría un café y luego se daría un buen baño...

Cuando regresó al cuarto de baño, con mejor ánima se quitó la bata. Iba a meterse en la bañera cuando, de pronto, notó algo extraño.

El cable estaba muy bien disimulado. Había una toalla grande doblada sobre el borde, cosa que ella no hacía nunca. Un pico de la toalla estaba ahora introducido en el agua. El cable quedaba así oculto en su mayor parte, pero el otro extremo iba a pasar, por el suelo y junto a la pared, hasta una toma de contacto situada junto al espejo.

Daisy retrocedió lentamente. De pronto dio media vuelta, corrió a la cocina y extrajo del frigorífico una pierna de cordero, con la que regresó de nuevo al mismo sitio, para arrojarla inmediatamente a la bañera repleta de agua.

Gritó sin poder contenerse, a la vez que saltaba hacia atrás. El agua burbujeó horriblemente y la carne tomó un horrible color rojo, mientras el líquido hervía a su alrededor.

Estuvo a punto de desmayarse. Horrorizada, pensó lo que podría haberle sucedido si se hubiera metido en la bañera sin más. Habría muerto electrocutada y…

Sintió náuseas y tuvo que taparse la boca con una mano. Tambaleándose, desconectó el cable y lo tiró a un lado. Luego con paso inseguro, se encaminó hacia el teléfono.

Clive tenía que saber lo ocurrido, se dijo, mientras marcaba el número del teléfono de Kilmaur.

* * *

La mujer, en bata y zapatillas, con rulos en el pelo, lo recibió en la puerta de la casa, mirándolo con no disimulada hostilidad.

—Señora Connerdy…

Ella hizo una mueca de desagrado.

—Usted es el ingeniero Kilmaur —dijo.

—En efecto, señora Connerdy —sonrió el aludido—. ¿Está su marido en casa?

—¿Qué es lo que quiere de nosotros?

Kilmaur no dejó de captar el sentido de la pregunta que bien podía calificarse de respuesta. Él había preguntado por el esposo de Flora Connerdy y ella decía «nosotros». La sensación de que era tan culpable como su marido llegó de inmediato a su mente.

—Deseo hablar un momento con ustedes, señora. No estaré mucho rato, se lo prometo, pero es indispensable que…

Flora se apartó con brusquedad a un lado.

—Si lo que quiere es saber la relación que pudimos tener con la muerte de lady Sylvia, le diré de antemano que todo cuanto se dice de nosotros es falso —exclamó desabridamente.

—Señora, yo no he mencionado en absoluto ese desgraciado suceso —dijo Kilmaur.

Ella pareció desconcertarse.

—Entonces, ¿no viene por...?

—Pero ya que lo ha sacado a relucir, podemos discutir el tema, ¿no le parece?

—Mi marido acaba de entrar en el baño, señor Kilmaur.

—Esperaré a que salga, señora.

—Yo puedo contestar a sus preguntas... —Prefiero que estén los dos presentes.

Flora acabó por encogerse de hombros.

—Está bien, no tenemos nada que ocultar —dijo—. Iré a avisar a mí esposo que tenemos una visita. Siéntese.

«No me ofrece siquiera una taza de café», pensó Kilmaur, divertido en el fondo por la actitud de la mujer, en la que habla captado una nota de temor que no podía ocultar, pese a la hostilidad de su voz y de sus gestos.

Flora se alejó y él la oyó hablar desde la puerta del cuarto de baño.

—Art, querido, está el ingeniero Kilmaur. Quiere hablar con nosotros.

—¡Que se vaya al diablo! No tengo nada que decirle...

—Esperará todo el tiempo que sea necesario, querido. Y yo sola no puedo echarlo a la fuerza —Está bien, maldita sea. Tengo la bañera llena y se me enfriará el agua si salgo ahora, de modo que se espere todo lo que sea necesario, ¿entendido?

—Lo que tú digas, Art.

Desde el saloncito al que había sido llevado, Kilmaur pudo escuchar el ruido de la cisterna al vaciarse en el inodoro. Luego vio a Flora aparecer de nuevo.

—Mi marido se va a bañar primero. Hablará con usted, pero tendrá que aguard...

Un horripilante alarido cortó de súbito la voz de Flora. El rostro de la mujer se quedó sin color.

Se oyeron sonidos de agua que se agitaba con violencia. Luego volvió el silencio.

—¡Art! —chilló Flora agudamente.

Kilmaur se precipitó hacia adelante. Flora corría hacia el cuarto de baño y la alcanzó cuando ya cruzaba el umbral de la puerta.

La mujer lanzó un estridente grito al ver a su esposo en la bañera, con un brazo fuera y la cabeza semisumergida en el agua, que despedía ligeras nubecillas de vapor que no parecían debidas a la temperatura del agua. Kilmaur captó también unos leves chirridos que le pusieron los pelos de punta, aunque no tardó en adivinar lo que había ocurrido.

Flora se acercó a la bañera. Kilmaur la agarró por los brazos y

tiró de ella hacia atrás.

—Señora, no toque a su marido, si no quiere morir como él —dijo con brusquedad.

El cuerpo de Connerdy presentaba un espantoso color rojizo. De cuando en cuando, se agitaba con leves espasmos, que daban la sensación de seguir todavía con vida, pero Kilmaur sabía que ya no había poder humano capaz de resucitar al individuo.

En alguna parte, pensó, se había producido un contacto eléctrico y Connerdy, ignorante de ellos, se había metido en la bañera llena de agua, con lo que la electrocución había sido fulminante. Sólo cabía ya una cosa y no le agradó, pero era forzosa hacerlo: llamar a la Policía.

Antes, sin embargo, desconectó la corriente. Después de llamar a la Policía, se inclinó sobre Flora, que yacía derrumbada en un diván, llorando a lágrima viva.

—Señora, ¿qué le hicieron ustedes a lady Sylvia? — preguntó.

Flora tardó algunos segundos en contestar.

—Fue al club... Jugó, perdió mucho dinero...

—¿Trampas?

—Si... —admitió ella con voz apenas perceptible.

Luego, Flora contó todo lo que sabía. Al terminar, Kilmaur le hizo una recomendación.

—La Policía no tardará en llegar. Diga que se trata de un accidente. Será mejor para usted, ¿comprende?

—Si... pero... es un asesinato...

—¿De veras?

Flora hizo un gesto de asentimiento.

—Un asesinato y el criminal es sir Grattan, porque no ha muerto. Está vivo, vivo y quiere vengarse de todos nosotros, ¿me oye?

Kilmaur se quedó estupefacto. Pero antes de que pudiera hablar de nuevo se oyeron unos golpes en la puerta y tuvo que abandonar a Flora para recibir a los policías.

CAPÍTULO X

Cuando llegó a su apartamento, mucho más tarde, se sintió acometido por una especie de torbellino humano con faldas. Daisy se colgó de su cuello, dando la sensación de hallarse terriblemente asustada.

—Oh, Clive, ¿dónde has estado todo este tiempo? Te he llamado continuamente y, en vista de que no me contestabas, decidí venir a verte...

Sin soltarla, Kilmaur se separó un tanto para mirarla a la cara.

—¿Te ocurre algo? ¿Qué ha pasado, Daisy?

—He estado a punto de morir. ¡Han tratado de asesinarme!

Kilmaur respingó. Daisy parecía muy nerviosa y procuró calmarla lo mejor que supo Hizo que se sentase en el diván y luego dijo que iba a darle algo de beber.

—No, no quiero tomar nada Me sentaría peor, Clive —alegó la muchacha.

—Está bien, pero cuéntame, ¿qué te ha sucedido? ¿Quién ha querido asesinarte?

—No lo sé, no pude verle la cara, aunque yo diría que es el mismo que mató a O'Clough. Escucha...

Daisy habló durante unos momentos. Al terminar, dijo:

—No sé cómo se me ocurrió... El baño ofrecía un aspecto algo distinto al normal. Vi un cable y probé con una pierna de cordero... El agua estaba saturada de electricidad, Clive. ¿No te parece espantoso?

Kilmaur se estremeció.

—Podías haber muerto electrocutada... lo mismo que Connerdy — murmuró.

Daisy dio un bote en el asiento.

—Connerdy... muerto...

—Sí, y yo estaba allí cuando sucedió. Pero Connerdy no ha sido tan afortunado como tú. Se metió en la bañera llena de agua, había un contacto en alguna parte y murió instantáneamente. Flora y yo estábamos allí, aunque no lo vimos morir, claro. Sólo escuchamos un grito espantoso y, cuando llegamos al baño, ya no se podía hacer nada por el desgraciado.

La boca de la muchacha estaba abierta.

—Pe... pero... ¿quién comete esos crímenes tan horribles?

Kilmaur se puso en pie y empezó a dar paseos por la estancia.

—Antes de que llegase la Policía. Flora me contó algunas cosas. Engatusaron a lady Sylvia y la llevaron al club de Jeffries, en donde perdió, a crédito, por supuesto, sumas bastante elevadas de dinero. Los Connerdy son, simplemente, unos «ganchos» de Jeffries, ¿comprendes?

—Les llevan «primos» que se dejen «desplumar» fácilmente.

—Exacto. Lo mismo que Owell y Simms, aunque su relación con lady Sylvia fuese unánime. O'Clough, por lo visto, no les dio tiempo.

—¿Qué hizo, Clive?

—Sir Grattan tenía un carácter más bien difícil y Sylvia se sentía desgraciada. Él tuvo que salir de viaje algunos meses, por cuestión de negocios en Africa, y Sylvia decidió aliviarse por algún tiempo de la asfixiante atmósfera de Morkhington Hall, donde estaba poco menos que enjaulada. Se encontró con los Connerdy casualmente...

—Y de ahí vino el resto, incluido su romance con O'Clough.

—Exactamente. Bueno, cuando acabó todo y regresó sir Grattan, el asunto se destapó. Sir Grattan se enteró de que en su cuenta faltaban bastantes miles de libras. O'Clough, por otra parte, amenazó con revelar su relación con Sylvia, si ella no le daba dinero Todo resultó demasiado para esa pobre mujer y no pudiendo soportarlo, decidió cortar por lo sano.

Daisy cerró los ojos un momento.

—Horrible —murmuró—. Entonces, hemos de considerar los culpables de su muerte.

—En cierto modo, si, y ello permite comprender los sentimientos que anidaban en el corazón de sir Grattan. Si tardó tanto tiempo en vengarse, supongo que fue por conseguir datos de las personas que habían tenido la culpa del suicidio de su esposa.

—Podía haberse buscado a si mismo también —dijo Daisy con aspereza—. Por lo que sabemos, no era un tipo demasiado comprensivo, sino más bien todo lo contrario: un fanático de los que ya no tienen cabida en esta época.

—Todavía siguen existiendo personas como sir Grattan, no le des más vueltas —contestó Kilmaur—, Pero lo peor de todo es que Flora Connerdy sostiene que está vivo.

Daisy se quedó estupefacta.

—¿Vivo? Pero tú lo viste caer a la ciénaga... Se encontró su esqueleto; fue identificado por las radiografías de su dentista... No hay duda alguna sobre su muerte, Clive.

—Yo sólo repito lo que ha dicho ella —se defendió el joven—. Flora está convencida de que sir Grattan sigue con vida y no hay quien la saque de ahí.

—Esa mujer ha enloquecido por el miedo y la muerte de su

esposo. Tiene que echar la culpa a alguien y ¿a quién mejor que un muerto?

—De acuerdo. Sir Grattan está muerto, pero, entonces, ¿quién es el autor de esos crímenes?

Sobrevino una pausa de silencio. De pronto. Daisy chasqueó los dedos.

—Clive, ¿dónde tienes la grabación del asesinato de O'Clough?

—Está bien guardada. ¿Por qué?

—¿Quieres proyectarla de nuevo, por favor?

—Está bien, pero no veremos nada...

—Aguarda un momento. Se me ha ocurrido una buena idea, espero.

Kilmaur preparó el video. A los pocos momentos, vieron una vez más la escena de la muerte de O'Clough.

—Detén la imagen, Clive — pidió ella.

Kilmaur congeló la proyección. Daisy se acercó al televisor y señaló con el índice la alta y negra figura que abrazaba a su víctima, en el instante de disparar el mortífero dardo.

—Sir Grattan está muerto, de acuerdo, pero alguien ha tomado su puesto, alguien que, físicamente, aunque no en las facciones, podría pasar fácilmente por él. Un tipo alto, delgado, de su misma edad, con la cara cubierta y las manos enguantadas... ¿No se te ocurre un nombre, Clive?

—Forrester, pero está impedido, en una silla de ruedas.

—No, hombre —exclamó ella—. Como en algunas novelas, el mayordomo es el culpable. Kilmaur se quedó sin aliento.

—¿Gilles?

—Sí, Clive.

—Pero ¿por qué? ¿Qué interés podría tener él en la venganza sobre unas personas, por la muerte de una mujer que no era la suya y a la que, además, servía como mayordomo?

Los ojos de Daisy centellearon.

—¿No se te ha ocurrido la posibilidad de que Gilles estuviese secretamente enamorado de Sylvia? Podía ser un amor platónico, un enamoramiento imposible, pero irresistible también, una especie de adoración hacia un ser al que consideraba inalcanzable, sintiéndose feliz simplemente al verla a diario, oír su voz y recibir sus órdenes. Y, de repente, ella muere por no poder soportar su situación y él se siente abrumado por el dolor, terriblemente solo, y llega un momento en que, desapareciendo sir Grattan, a quien podríamos decir corresponde lógicamente la venganza, decide actuar por sí mismo, para castigar a los culpables de la muerte de la persona adorada. ¿No crees que puede resultar perfectamente posible?

—Sí, es posible —convino Kilmaur—. Pero, entonces, ¿por qué

esperar dos aftas para iniciar la venganza?

—Es bien sencillo. Gilles esperaba que lo hiciera sir Grattan, a quien correspondía por derecho propio.

—La venganza por derecho corresponde a la ley —dijo él sentenciosamente.

—Clive, dejémonos de tecnicismos. Sir Grattan tardó dos años que es, calculo, el tiempo empleado en conseguir informes de los que, de una u otra forma, tenían la culpa del suicidio de su esposa. Muerto él, Gilles toma el relevo, así de sencillo.

Kilmaur se frotó la mandíbula, con cierto aire de perplejidad.

—Pero hay algo que no consigo explicarme todavía —manifestó—. ¿Qué relación tuvo lady Pamela Ashendon con el asunto?

—¿Por qué no lo averiguas tú mismo? —sugirió la muchacha—. La señora Connerdy ya te ha dicho cuanto sabía. Sólo falta que Pamela hable de su relación con la muerte de Sylvia.

—Suponiendo que acceda...

Daisy sonrió maliciosamente.

—¿NO te sientes capaz de obligarla a hablar?

—Lo intentaré —contestó él de mala gana—. No me gusta ver de nuevo a esa mujer.

—No es el demonio, Clive.

El joven suspiró.

—Está bien, lo intentaré. ¿Qué harás tú, mientras tanto?

—Esperar tu regreso. Si te parece bien, claro.

—Cuidado con los aparatos eléctricos —advirtió Kilmaur.

Daisy sintió un escalofría

—He estado a punto de morir de una manera horrible —murmuró.

Kilmaur le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Animo, todo pasará pronto y te parecerá una pesadilla —dijo.

El tiempo había transcurrido casi sin que se dieran cuenta y era ya de noche cuando Kilmaur salió de su casa, dispuesto a entrevistarse con Pamela Ashendon y conseguir que le contase cuanto supiera del suicidio de lady Sylvia Gallagher.

* * *

Durante largo rato, Daisy permaneció en la sala, sentada, sin saber qué hacer. Contempló la televisión, pero no se sentía con ánimos para conseguir que las imágenes y el sonido llegasen a su mente, ocupada con otros problemas. Luego fue a la cocina y se preparó algo de cena, que consumió solamente a medias.

Kilmaur, se dijo, tardaba demasiado. A fin de entretener la

espera, se fue a uno de los dormitorios y se tendió en el lecho, completamente vestida.

Las luces de la sala estaban encendidas, pero no así las del resto del apartamento. Pese a sus preocupaciones, Daisy sintió que el sueño empezaba a pesar sobre sus párpados y se dejó arrastrar por una dulce sensación de abandono.

Dormir le haría olvidar sus preocupaciones, se dijo, en el momento en que percibía un ligero ruidito en la entrada de la casa.

Alguien abrió la puerta. Daisy se sentó en la cama y abrió la boca para pronunciar el nombre de Clive, pero, de repente, se dio cuenta de que el recién llegado no habla gritado el suyo, como hubiera sido lógico, si el joven hubiese regresado y visto la sala vacía, en donde ella debía esperarlo.

Además, el recién llegado evitaba hacer ruido. Clive no se habría mostrado tan cuidadoso. De repente, Daisy percibió un extraño olor.

Era olor a ciénaga, a carne muerta, a podredumbre, muy tenue, sin embargo, aunque claramente perceptible. Le pareció que se hallaba junto a la ciénaga de Morkhington Hall, antes de que se iniciasen los trabajos de desecación.

El terror se apoderó de su ánima ¿Quién era el intruso?

Un misterioso asesino había dado muerte a Connerdy. Había intentado matarla a ella, después de cometidos otros crímenes. Ahora quería matar a Kilmaur.

Sonaron pasos muy tenues en dirección a la cocina, cuya luz, lo recordaba muy bien, había dejado apagada. De súbito, un extraño sentimiento de valor invadió su ánimo.

Gritar no le serviría de nada. Antes de que consiguiera ayuda, el intruso podía deshacerse de ella. Pero ¿y si atacase inesperadamente?

Poseída por lo que estimó un insólito sentimiento de valentía, mezclada con orgullo e indignación al mismo tiempo, se levantó de la cama y, sin hacer el menor ruido, se encaminó hacia la cocina.

El intruso, sin duda, ignoraba su presencia en el apartamento. Debía detenerlo a toda costa.

¿Cómo conseguirlo?

De pronto, vio un jarrón sobre una pequeña consola. Era de metal, imitación del bronce, sin flores ni agua, pero relativamente pesado.

—Servirá —se dijo.

Pisando de puntillas, se acercó a la cocina. El intruso estaba allí, acuclillado junto al homo, efectuando ciertas manipulaciones. Daisy encontró el hedor mucho más acentuado.

Debía de padecer alguna extraña enfermedad, supuso. Al pie de la cocina, divisó unos cables y un par de cilindros de color amarillo, de unos tres centímetros de grueso por veinticinco de largo.

Inspiró profundamente y alzó el jarrón por encima de su cabeza, sosteniéndolo con ambas manos.

«Ahora verás, miserable», pensó.

En el mismo instante, el desconocido pareció presentir que no estaba solo y se levantó bruscamente, girando al mismo tiempo. Daisy no se pudo contener y lanzó un chillido de espanto.

La cara del sujeto, que vestía enteramente de negro, estaba cubierta por un fino velo del mismo color. Desesperadamente, Daisy intentó golpearlo con el jarrón, pero el hombre se lo arrebató de un manotazo.

Daisy vio unos ojos que parecían despedir llamaradas. Frenética, alargó una mano para defenderse. Sus uñas se engancharon en fa tela que cubría el rostro, que se rasgó con leve chirrido.

Las facciones del sujeto quedaron al descubierto. Durante unos brevísimos instantes, Daisy vio una horrible cara, llena de espantosas llagas, de las que se desprendía un hedor insoportable. LO6 labios estaban corroídos y la dentadura, descarnada, luda siniestramente en una sonrisa que parecía la del propio demonio.

Daisy se sintió desfallecer. Las manos del intruso se cerraron sobre su cuello.

De pronto, notó que iba a perder el conocimiento. Sería una muerte piadosa, pensó. No sentiría dolor alguno.

Todo se hizo oscuro para ella. Las imágenes y los sonidos dejaron de llegar a su cerebro y se hundió en una negrura absoluta.

El desmayo le impidió oír el ruido de la puerta que se abría en aquel preciso instante.

CAPÍTULO XI

Pamela Ashendon llegó a su casa y se sorprendió enorme mente al ver a un inesperado visitante en uno de los butacones de la sala.

—¡Clive! ¿Qué haces aquí? —exclamó—, ¿Cómo has entrado...?

Kilmaur se puso en pie.

—Me lo permitió tu doncella. Luego se marchó; dijo que tenía el día libre...

Pamela farfulló algo entre dientes. Kilmaur sonreía. La doncella, estaba seguro, debía de sentirse habituada a las visitas masculinas de su ama, a la que dejaba el campo libre en tales ocasiones.

—Está bien —dijo ella al cabo—. Si me permites cambiarme de ropa, volveré enseguida.

—No es necesario. De todas formas, voy a estar muy poco tiempo.

Pamela lo miró con curiosidad.

—¿A qué has venido, sí se puede saber?

—¿Te has enterado de la muerte de Art Connerdy?

—Sí, a veces leo los periódicos —contestó Pamela con indiferencia—. Sufrió un... accidente doméstico.

—Los Connerdy, como Simms. Owell y O'Clouhg, tuvieron mucho que ver con el suicidio de lady Sylvia. ¿Cuál fue tu participación en el asunto?

—No tuve nada que ver...

—Pamela, si no hubieras tenido nada que ver, sir Granan no te habría invitado aquella noche a su casa —dijo el joven acusadoramente.

—En tal caso, tú también tendrías relación con el asunto, ¿no te parece?

—Yo estaba encargado de unos trabajos y, tal vez sir Grattan quería disponer de un testigo neutral. Pero tú si tuviste algo que ver con la muerte de su esposa. ¿Por qué no eres sincera?

—¿Crees que tengo miedo del «Fantasma Burlón»?

—Pamela, los crímenes que se han cometido no lo han sido por un ser incorpóreo, venido del más allá para consumar su venganza. Fueron realizados por un ser de carne y hueso, que va borrando nombres de una lista. El tuyo figura en esa lista, no cabe duda. ¿Cuándo lo borrara?

De pronto, flaquearon las piernas de Pamela y tuvo que sentarse. Kilmaur adivinó que todo su valor la había a bando nado de golpe.

—Es cierto —dijo—. Tengo algo de culpa, pero fue por que el propio Grattan me empujó a hacerlo...

—A ver, explícate — pidió Kilmaur.

Pensó que Pamela necesitaba un trago y se acercó al bar. Ella inspiró profundamente varias veces, aceptando en silencio la copa que le tendía su visitante.

Transcurrió un minuto largo. Al fin. Pamela se decidió a hablar.

—Tuve un romance con Grattan Parecía tan serio, tan enamorado de su esposa, tan fiel a ella... pero, en realidad, era un canalla. Mc dio a entender que pediría el divorcio... Casi me dio palabra de matrimonio, pero luego se hartó de mí y me dejó plantada. A pesar de todo, yo seguía creyendo en sus intenciones de divorciarse de Sylvia... Era una mujer muy guapa, pero medio tonta... Adoraba a su esposo, pero Grattan estaba ya harto de ella...

—¿Seguro? Tengo entendido que estaba enamoradísimo de su mujer.

Pamela hizo un gesto despectivo.

—Era sólo para la galería. No, no estaba enamorado de ella.

—Quizá te engañó, Pamela. Pero sigamos. ¿Qué hiciste?

—Bueno, quise forzar el divorcio... Grattan tuvo que viajar a Africa por asuntos de negocios...

Sylvia se sentía muy sola y la llevé al club de Jeffries. ¿Te imaginas el resto?

—O'Clough colaboró en la destrucción de Sylvia, ¿verdad?

Pamela se retorció las manos nerviosamente.

—Yo sólo pretendía que Sylvia perdiese una buena suma de dinero, que tuviese un romance con Dan... pero los otros intervinieron también, al olfatear una presa fácil... Simms, Owell, los Connerdy... Todos ellos, más o menos, trabajaban para Jeffries...

—Las cosas no salieron como esperabas, Pamela — dijo Kilmaur con grave acento.

—Lo siento infinito. ¿Qué puedo hacer ya? Tendré que marcharme una temporada del país para evitar que Grattan pueda vengarse de mí.

—Sir Grattan está muerto.

—Pero ¿es que no lo entiendes? Él está vivo, sólo simuló su muerte.

Kilmaur dio un respingo en el asiento.

—¡Pamela, no digas tonterías! Se encontró su esqueleto, se compararon las radiografías del dentista...

—Clive, ¿por qué crees que me he retrasado tanto? Hoy he estado en el consultorio de mi dentista, el mismo que atendía a

Grattan. Luego he cenado con algunos amigos, es cierto, pero, de todos modos, despaché muy tarde... El dentista comentó algo sobre la consulta que le hicieron hace muy poco acerca de la dentadura de un esqueleto, al que se identificó como el de Grattan. Bien, pero asimismo ha mencionado algo que todavía le sigue extrañando. Hace poco más de dos años, alguien entró en su clínica durante la noche. No le faltaron dinero ni objetos de valor, pero encontró muy revuelto el archivo donde guarda las radiografías de su paciente. Arregló todo como pudo y su asistente sanitaria volvió a ordenar el archivo. ¿Sabes lo que sospecho, Clive?

—No, dímelo, por favor.

—El intruso, quienquiera que fuese, cambió dos fichas, mejor dicho, las carpetas. La radiografía de Grattan fue a parar a la carpeta de su primo Fulbert Forrester y la de éste a la de Grattan. ¿Lo entiendes ahora?

Kilmaur se atiesó en su asiento. —El primo está muerto...

—Tenía una cuenta pendiente con el dentista desde hace más de dos años y aún no la ha pagado. Después de lo que me ha contado, pienso que Grattan lo asesinó para ocupar su puesto. Era un hombre muy enfermo, ¿sabes? Pero quizá Grattan aceleró su fin...

De pronto. Kilmaur recordó algo que había olvidado por completo. Poniéndose en pie, se encaminó hacia la puerta.

—Ten cuidado —dijo—. Si has decidido marcharte de landres, hazlo ahora misma mejor que mañana

Pamela se puso pálida.

—¿Tú crees...?

—Por si acaso, será mejor que tomes precauciones. Y, como acabo de decir, lárgate inmediatamente — dijo Kilmaur como despedida final

* * *

Llegó a su casa, se apeó del coche y respiró profundamente, tratando de poner en orden los mil pensamientos que bullían alborotadamente en su cerebro. Daisy se iba a llevar una buena sorpresa, pensó, mientras se metía en el ascensor.

Al llegar a la planta en que tenía el apartamento, salió al pasillo, caminó unos cuantos pasos, insertó la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Cruzó el umbral. Elevó la voz:

—¡Daisy, traigo noticias...!

Kilmaur no pudo continuar. Una figura alta, negra, apareció de pronto ante sus ojos.

La sorpresa lo paralizó durante una fracción de segundo, lo que aprovechó el desconocido para cargar contra él. Kilmaur quiso rechazar el ataque, pero estaba en desventaja y un tremendo empellón lo arrojó contra la pared.

Retrocedió con violencia. Durante un instante, vio un rostro horrible, manchado con algo parecido a llagas que habían dejado al descubierto la carne. El hedor que despedía el sujeto era espantoso

Pero todo duró un tiempo cortísimo. Cuando quiso reaccionar, estaba solo.

Kilmaur no intentó perseguir al intruso. Había dejado sola a Daisy y temió por la muchacha. Corrió en su busca, llamándola desesperadamente, y de repente, se la encontró tendida en el suelo de la cocina.

—Daisy, Daisy...

Se arrodilló a su lado, alzándola para abrazarla. Entonces notó que respiraba.

La cabeza de la muchacha pendía inerte a un lado. Kilmaur comprendió que sólo sufría un desmayo. Volvió a dejarla en el suelo para levantarse y buscar agua, con la que salpicó su rostro. Al cabo de unos instantes. Daisy emitió un prolongado suspiro.

—No temas, estoy aquí — dijo suavemente—. Soy Clive. ¿Me oyes?

Palmeó su mejilla y ella abrió los ojos.

—Oh, Clive... — gimió.

El joven la estrechó fuertemente contra su pecho.

—El intruso se ha marchado. Ya no hay motivos para sentir temor. Cálmate, no te pasará nada. —Quiso matarme... Me había dormido, oí ruidos y me levanté... Entonces lo vi en la cocina, haciendo algo extraño... Cuando lo sorprendí, me atacó...

Clive volvió la vista un instante. Al ver los cilindros de color amarilla sintió un escalofrío.

—Dios mío — murmuró, aterrado.

—Ya me encuentro mejor —dijo Daisy—, Ayúdame a levantarme...

Kilmaur lo hizo así y condujo a la muchacha a una silla. Buscó coñac y le entregó una copa. Ella recobraba rápidamente los colores perdidos en su rostro.

El joven se inclinó y examinó durante unos momentos los cilindros y los cables esparcidos por el suelo. Luego se volvió hacia Daisy.

—¿Sabes qué pretendía hacer? — preguntó.

Ella, todavía con la copa en la mano, hizo un testo negativo. Kilmaur continuó:

—La cocina es de gas, con encendido eléctrico. En el momento

en que hubiese puesto algo al fuego, se hubiese producido una terrible explosión. La chispa eléctrica habría producido la deflagración de estos dos cartuchos de dinamita, ¿comprendes?

Daisy se estremeció.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué quena asesinarte ese misterioso individuo? — inquirió, atónita—. A mí me atacó porque lo sorprendí, pero ¿qué tiene contra ti? ¿No puedes darme una explicación, Clive?

—Sí, puedo darla —contestó él—. Ese sujeto quiere matarme porque no le interesa que descubra la verdad.

—¿La verdad... de qué?

Kilmaur se llenó los pulmones de aire.

—Sir Grattan no murió aquella noche. Está vivo —declaró con dramático acento.

Daisy dio un bote en su silla.

—¡Eso es imposible! Encontramos su esqueleto: se identificó sin lugar a dudas... No hay dudas sobre su muerte. Clive —exclamó.

—Querida, sir Grattan es un hombre muy astuto y con la suficiente paciencia para esperar el tiempo necesario para la consumación de su venganza. Hace algo más de dos artos hizo una incursión en la clínica de su dentista, el mismo que había atendido a su prima Cambió las carpetas que permitían la identificación de otras untas radiografías, ¿lo comprendes ahora?

Daisy se puso una mano en la boca

—Entonces... había asesinado ya a su primo...

—O pensaba hacerla para ocupar él su puesto y dejar que todo el mundo creyese que había muerto en la ciénaga, cuando, en realidad, el muerto era Forrester, hombre muy enfermo ya y de complexión física muy parecida a la suya. Un día se desecaría la ciénaga, aparecería un cadáver irreconocible, pero perfectamente identificable por otros métodos y...

—Ahora lo entiendo —dijo la muchacha—. Pero ¿lo hizo solamente por venganza?

—Parece lógico. Sir Grattan es un individuo normal por una parte, pero desequilibrado por otra, obsesionado por la idea de vengar la muerte de su esposa, mejor dicho, vengarse de quienes la empujaron a una situación crítica. Y, como no quiere que nadie estorbe su venganza, por eso trató de atacarnos.

—Clive, tendríamos que informar a la Policía —exclamó ella vivamente.

—No sé si conseguiríamos algo —respondió Kilmaur, dubitativo —. Personalmente, me siento más inclinado a desenmascararla...

—¿Irías a su casa, es decir, a la casa que todo el mundo supone es la de Forrester?

—¿Por qué no, Daisy?

CAPÍTULO XII

—Entonces, la silla de ruedas era sólo una comedia —dijo la muchacha al día siguiente, cuando ya se acercaban a la casa donde vivía el asesino.

—Pienso que sí. ¿Quién iba a sospechar de un pobre enfermo e inválido? Nosotros no sospechamos nada el día en que fuimos a ver a Gilles. Forrester y él se parecían un tanto y, además, llevaba puestas unas grandes gafas oscuras, que ocultaban buena parte de su rostro. Es muy posible, además, que tuviese puesta una máscara imitando las facciones de su primo...

—Sí, y ello significa que contaba con la complicidad de Gilles.

—Lo cual viene a confirmar tu hipótesis, acerca del amor platónico que el mayordomo sentía hacia la señora de la casa. Gilles también quería vengarse y ayudó a que sir Grattan consiguiera sus propósitos.

—Hay algo que no entiendo, Clive —manifestó ella—. ¿Cuál es el papel de Spencer Jeffries en este asunto?

—Muy sencillo —respondió el joven—. Pienso que el caso de lady Sylvia no fue el único. En todo caso, si el más escandaloso y, aunque él no actuase directamente, tuvo una notable intervención en la muerte de aquella pobre mujer. Un escándalo lo perjudicaría enormemente y su negocio podría venirse abajo. Por eso le disgustó la presencia de un intruso en su club, haciendo preguntas indiscretas ¿comprendes?

El coche llegaba ya a la casa de Forrester. Al apearse, vieron a dos personas que salían del edificio, un hombre de mediana edad, con un maletín negro en la mano, y una mujer de unos cincuenta años, que se secaba las manos con el delantal.

—Está bien, si tiene ganas de suicidarse, allá él — dijo el hombre del maletín—. Le recomendé que no saliera de casa, que no le diera el aire, pero, por lo visto, es algo obstinado...

—No pude impedirlo, doctor —contestó la mujer—. El parecía tener mucha prisa y se marchó con su criado en el coche, todavía no hará diez minutos. No iba a detenerlos con una pistola en la mano, supongo.

—No, claro que no, señora Lummer...

El médico se interrumpió de repente al ver a dos jóvenes que

avanzaban por el centro del jardín.

—Si vienen a ver al señor Forrester, pierden el tiempo —dijo con aspereza—. Es mi paciente, pero hay veces en que desearía no haberlo conocido: Nunca he visto hombre más difícil...

Kilmaur sonrió. El médico ignoraba, por lo visto, la verdadera identidad del enfermo.

—¿Qué le pasa a su paciente, doctor? — preguntó.

—Es una enfermedad cutánea, contraída, al parecer, en Africa, hace ya más de cuatro años, y muy descuidada, lo que ha permitido su desarrollo con notable virulencia en los últimos tiempos. No sé si tendrá cura; para mí, es una especie de cáncer de piel, que se ha extendido por descuido del paciente... Pero ¿quiénes son ustedes, por favor?

Kilmaur se volvió hacia la muchacha.

—Lo que hizo Sylvia fue precisamente cuando él estaba en Africa, en viaje de negocios — dijo.

Ella asintió.

—Ya no cabe la menor duda. Esas llagas, ese hedor tan horrible...

—Doctor, ¿tiene cura la enfermedad de su paciente? —preguntó el joven.

—Lo veo muy difícil, por no decir imposible. No sé cómo ha sucedido, pero no me siento con responsabilidad alguna, dado que el paciente ha desobedecido sistemáticamente mis indicaciones. —Esa enfermedad no le impedía andar, supongo.

—Oh, claro que no, aunque, a veces, se sentía muy débil y tenía que utilizar una silla de ruedas...

—¿Se ha marchado de casa? ¿Sabe adónde ha ido?

El médico se volvió hacia la mujer.

—Señora Lummer...

—Oí decir algo sobre Fardington Hall... No estoy segura de ese nombre —contestó la que, evidentemente, era una sirvienta.

—¡Morkhington Hall! —exclamó Daisy.

—Sí, eso es —confirmó la señora Lummer—. Apenas hace un cuarto de hora, salieron él y su criado... Parecían tener mucha prisa...

Kilmaur agarró a Daisy por un brazo y tiró de ella.

—Vamos, tenemos que llegar a tiempo —exclamó.

El coche arrancó instantes después. Daisy meneó la cabeza.

—No entiendo qué tienen que hacer en Morkhington Halla — manifestó—. ¿Se te ocurre a ti alguna idea?

—Se lo preguntaremos cuando los veamos, pero ahora ya no cabe la menor duda: Gilles es su cómplice —respondió él.

* * *

—Me siento muy mal. Gilles — dijo sir Grattan Gallagher.

—El señor debe ser animoso. Pronto estará en Francia. El dermatólogo que mencioné curará su enfermedad —aseguró el mayordomo

—Si eso fuera cierto… Cada día estoy peor… Ese maldito matasanos no supo curarme…

Sosteniendo al enfermo por un brazo, Gilles avanzó hacia la casa que ahora aparecía solitaria y en silencio. Abrió la puerta y empujó suavemente al antiguo propietario

En aquel instante, un coche llegaba a toda velocidad. Kilmaur vio la puerta abierta y desconectó el motor, para evitar que hiciera ruido, frenando suavemente hasta detenerse en silencio junto a la entrada. Saltó fuera y buscó en el maletero, donde tenía una caja con herramientas, de la que extrajo una llave inglesa de buen tamaño.

—Puede resultar útil como arma defensiva — dijo.

Daisy asintió calladamente. En silencio, avanzaron hacia la casa y cruzaron el umbral las voces de los dos hombres llegaron nítidamente a sus oídos.

—Están en el salón —adivinó la muchacha.

Kilmaur se acercó a la otra puerta, pisando de puntillas.

—El dinero está ahí, Gilles. Sin dinero, no haríamos nada.

—Desde luego, señor. Es un escondite magnifico. A mí no sé me hubiera ocurrido nunca.

—¿Quién iba a mirar en ese sitio? Todos le siguen temiendo, al cabo de los siglos, ¿verdad?

—Todos, salvo una persona, señor.

—¿Te refieres al ingeniero?

—No, señor. Soy yo la persona que no teme al «Fantasma Burlón».

La voz de Gallagher cambió de tono súbitamente.

—¿A qué te refieres, Gilles?

—Es hora de que lo sepa, señor. Durante años, he sido participe de sus secretos, lo he ayudado a consumar su venganza… mejor dicho, prácticamente, he sido yo el ejecutor de esa venganza. Las cosas se han puesto mal y usted decidió que era hora de alzar el vuelo, ¿no es así?

En silencio, casi sin atreverse a respirar, Kilmaur y Daisy escuchaban junto a la puerta, sabiendo que los dos interlocutores desconocían su presencia en la casa. La verdad empezaba a abrirse paso, pensó el joven.

—Es lo más conveniente. Gilles —respondió Gallagher—, Con el dinero de la venta de esta propiedad, en Francia, yo me curaré y…

Gilles soltó una estridente risotada.

—No existe el dermatólogo que hace milagros —dijo—. Fue una invención mía. Lo suyo no tiene cura, señor. Y, como no tiene cura, me parece justo que sea yo el que disfrute de esa fortuna.

—¡Gilles! —chilló el antiguo dueño de la casa.

—No me venga ahora con reproches —exclamó el mayordomo despectivamente—. ¿Por qué se cree que asumía el papel del «Fantasma Burlón»? ¿Acaso se imagina que lo hacía por fidelidad a lady Sylvia?

—Gilles, tú la querías muchísimo...

—Sí, pero no hasta el punto de permitir que me cegase la pasión. Yo sabía muy bien cuál era mi puesto y nunca me hice ilusiones acerca de sus sentimientos. Ella me apreciaba como un buen mayordomo, simplemente.

—Has estado engañándome todo este tiempo... —dijo Gallagher, dolido.

—He estado «ahorrando» dinero, eso es todo —rió Gilles cínicamente.

De pronto, adelantó el busto.

—¿Por qué cree que participé de su venganza? ¿Por fidelidad a usted o a lady Sylvia? ¿Acaso creía que yo desempeñaba el papel del «Fantasma Burlón» por amor al arte? Oh, era muy sencillo: un magnetófono, a todo volumen, con unas risas grabadas... un tubo pistola que disparaba dardos como agujas... Era una forma de ganar dinero, como otra cualquiera... «señor».

—Gilles, debo suponer que piensas marcharte solo del país —dijo Gallagher

—El señor tiene el inapreciable don de penetrar en las mentes ajenas —repuso Gilles riendo burlonamente—. Si, eso es lo que pienso hacer.

—¿Y... me abandonarás aquí, solo... con mi enfermedad?

La voz de Gallagher tenía ahora un tono quejumbroso, lleno de temores. Gilles volvió a burlarse de su interlocutor.

—¿Por qué se cree que compré el equipo de buceo, para que usted pudiera simular su muerte? ¿Por qué cree que hice venir aquí a su primo, con el pretexto de que usted quería ayudarlo económicamente a la curación de su enfermedad? ¿Pudo pensar en alguna ocasión que lo hada por fidelidad al nombre de la casa?

Daisy se estremeció. Aquellas palabras aclaraban enigmas que hasta entonces no habían sido resueltos. Las botellas de aire, encontradas al ser desecada la ciénaga; la suerte corrida por Forrester. Si la idea de la venganza había partido de la mente de sir Grattan, su mayordomo había sido, más que su entusiasta colaborador, su principal ejecutor y todo ello, no por un amor imposible, sino por pura codicia.

—Por dinero — musitó, un tanto decepcionada.

—Escucha, Gilles —dijo Gallagher—. Seamos comprensivos. Las cosas se pueden arreglar todavía. Aquí hay un par de cientos de miles de libras, todo lo que percibí, prácticamente, por la venta de

Morkhington Hall. Tú sabes muy bien que no podía realizar esa operación de una forma estrictamente legal. Además, había que evitar impuestos... En fin, reuní el dinero en billetes de Banco y los guardé aquí... Podemos dividir esa suma en partes iguales, ¿eh?

—Tuve que matar a varias personas —respondió Gilles torvamente—. No lo hice para conseguir la mitad solamente de lo que hay. Corrí muchos riesgos cuando tuve que "arreglar" cables en unos cuartos de baño...

—Pero yo fui el que llevó la dinamita a la casa del ingeniero. Tú no sabías hacerlo...

—Si lo hubiera sabido, también habría ido yo. Y ahora, basta de charla, señor.

—¿Te llevas el dinero, Gilles? —preguntó Gallagher con acento lastimero.

—Antes voy a curarle su enfermedad, señor.

Gilles hizo una pausa y añadió, silabeando perversamente la palabra con la que iba a poner fin al diálogo:

—De-fi-ni-ti-va-men-te...

Kilmaur oyó aquella palabra, comprendió su sentido y sintió un escalofrío. Inmediatamente, abrió la puerta por completo.

* * *

Sonó un estridente chillido.

—No, no...

Gilles no se había dado cuenta aún de que había testigos de sus actos. Por su parte, Kilmaur se dio cuenta de que no podía evitar algo que ya era irremediable.

La mano de Gilles empuñaba algo que había apoyado en el pecho de Gallagher. El alarido de terror se trocó en un apagado gemido, cuando el minúsculo dardo, proyectado con enorme potencia, atravesó su pecho y se clavó profundamente en su corazón.

Las piernas de Gallagher se doblaron. En sus ojos apareció una llamarada de odio infinito.

—Maldito traidor... Mi antepasado... un día... me vengará...

Gilles lanzó una estruendosa carcajada. Al oiría, Kilmaur supo que era la risa que habla oído dos años antes, una noche trágica. El mayordomo la habría grabado, sin duda, para que sus víctimas la oyeran antes de morir.

—Tu antepasado... —dijo desdeñosamente—, Bah, está tan muerto como tú, estúpido. Los muertos no se vengan... señor.

Gilles se volvió hacia el cuadro que representaba a sir Grattan Stuckey y agarró el marco por la parte inferior, con las dos manos. Kilmaur reaccionó y dio otro paso adelante en la estancia.

—Los vivos, sí, se vengan... pero a su venganza se la llama justicia.

Desde el umbral, Daisy contemplaba la escena, con ojos morbosamente fascinados. Gallagher habla dejado de moverse y comprendió que estaba muerto.

Terriblemente sorprendido, Gilles se volvió, aún con las manos en el enorme cuadro.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —gritó, colérico.

—Lo hemos oído todo, Gilles —declaró el joven sin inmutarse.

Sobrevino un instante de silencio. Luego, Kilmaur añadió:

—Y hemos visto asesinar a sir Grattan, con la misma arma que ya utilizó en otras ocasiones. Puede que no se consiga probar los crímenes ya cometidos, pero de éste hay dos testigos que declararán cuanto han visto. Declararemos lo que hemos presenciado, téngalo por seguro.

En los ojos de Gilles brillaba el furor.

—No les permitiré que hablen —contestó.

—¿De veras? ¿Cómo piensa impedirlo?

Kilmaur enseñó la llave inglesa. Gilles trató de separarse del cuadro, pero tropezó con el cadáver de Gallagher y cayó de lado.

Sin embargo, se levantó en el acto, con la mano en el bolsillo derecho de su chaqueta, ahora a unos pasos de la pared de la que pendía el cuadro.

—Lo sabrán enseguida —sonrió torvamente—. Haré un poco de ruido, claro, pero ¿quién lo oirá? Estamos solos...

—La ciénaga se ha desecado. No podrá ocultar allí tres cadáveres — dijo el joven sin perder su presencia de ánima

Gilles hizo una mueca despectiva.

—¿Creen acaso que voy a perder tiempo en minucias? Antes de que nadie pueda enterarse de lo ocurrido, estaré muy lejos del país, ténganlo por seguro.

—Sí, ya me lo imagino. Gilles, ¿puedo pedirle un último favor?

—Por supuesto. El último deseo de un condenado a muerte, ¿verdad?

—Si lo estima así... ¿Fue usted el que grabó la risa del «Fantasma Burlón»?

Gilles sonrió maliciosamente. De súbito, rompió a reír con toda la potencia de sus pulmones.

Daisy se tapó los oídos para no escuchar aquella risa horripilante.

El asesino reía cada vez con más fuerza, como si disfrutase haciendo algo que lo divertía enormemente. Kilmaur adivino que disfrutaba con el miedo de sus víctimas.

Repentinamente, se oyó un fuerte chasquido.

La risa de Gilles cesó en el acto.

Volvió la cabeza. Daisy sintió que se le dilataban los ojos.

Kilmaur, instintivamente, retrocedió un paso. Gilles alzó un brazo en un maquinal movimiento de defensa, pero ya era larde.

El cuadro, desprendido en parte de sus soportes, giraba sobre la base. El marco era muy grueso, terriblemente pesado y la cabeza de Gilles se hallaba justamente en la trayectoria del travesaño superior.

El alarido de terror de Gilles no se parecía ahora en nada a la risa diabólica que había emitido un segundo antes y fue cortado por el horrible sonido de los huesos de su cráneo al romperse por el impacto. Gilles se desplomó en el acto, con la cabeza literalmente abierta.

El cuadro quedó sobre él. Kilmaur pensó que las palabras de Gallagher, pronunciadas en su agonía, habían resultado proféticas.

Sir Grattan Stuckey había vengado a su descendiente. Gilles yacía inmóvil en el suelo a pocos pasos del cadáver de su última víctima.

Entonces, cuando todavía no se había rehecho de la sor presa, Kilmaur descubrió algo en la parte posterior del cuadro.

Había un papel grueso que cubría la trasera de la tela. Inclinándose, lo rasgó, dejando al descubierto una serie de fajos de billetes, cuidadosamente sujetos con cinta adhesiva.

—El dinero de la venta — murmuró.

Debía de haber dos mil billetes de cien libras, supuso. Pero aquella enorme suma era ahora algo secundario.

Volviéndose, caminó hacia la muchacha, en cuyo rostro no se apreciaba el menor signo de color.

—Creo que, al fin ha llegado la hora de avisar a la Policía —dijo.

Daisy suspiró profundamente.

—Me parece que empiezo a despertar de una espantosa pesadilla —contestó.

Kilmaur la empujó suavemente.

—Espérame afuera; saldré enseguida.

Daisy había encendido un cigarrillo cuando él hizo su aparición.

—La Policía no tardará en venir —anunció.

—Tendremos muchas cosas que decir, Clive.

—Sí, claro.

—Hay algo que me preocupa. ¿Qué haremos con ese dinero? No nos pertenece.

—Quizá Forrester tuviese otros parientes. Habrá que buscarlos, pero de eso ya se encargará Beddick. Yo pienso que ahora sería mucho mejor que nos ocupásemos de nosotros mismos.

—¿Tienes proyectos? — preguntó Daisy.

Kilmaur paseó la vista a su alrededor.

—¿Será cierta la leyenda del «Fantasma Burlón»? —murmuró—. Pero el cuadro se desprendió porque el clavo que lo sostenía en la parte superior estaba corroído por el óxido... La risa de Gilles causó vibraciones que aceleraron su rotura...

—Es una explicación lógica, aunque pienso que, en ocasiones, las cosas sobrenaturales suceden por causas fácilmente comprensibles, ¿no te parece?

—En todo caso, se puede decir que sir Grattan Stuckey vengó a su descendiente. Nunca olvidaremos esto, Daisy, pero a mí se me acaba de ocurrir una idea.

Ella lanzó el cigarrillo a un lado y se volvió hacia el joven.

—A ver, habla — solicitó.

—Primero, si era cierta la «existencia» del «Fantasma Burton», creo que ya ha cumplido su ciclo y que no volverá a aparecer en Morkhington Hall — respondió Kilmaur.

—Descuida. Subiremos ese cuadro al desván. ¿Qué más, Clive?

—Como dije antes, vamos a ocuparnos de nosotros mismos. ¿Quieres conocer mis proyectos?

—Me gustaría —sonrió ella.

—Son unos proyectos que no se pueden llevar a cabo individualmente. Se necesitan dos personas, una pareja, en suma.

—¿Qué clase de pareja, Clive?

—Un hombre y una mujer... Tú y yo, por ejemplo...

—Estás hablando de proyectos a largo plazo.

—Para toda la vida, Daisy.

Los ojos de la joven chispearon.

—Entonces, ¿por qué no empezamos a realizarlos ahora mismo? —sugirió.

Kilmaur la abrazó fuertemente y la besó con pasión.

—Acaba de iniciarse nuestro proyecto de vida en común para siempre — declaró solemnemente.

FIN

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.

Impreso en España